REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVII San José, Costa Rica 1951 Viernes 15 de Junio Nº 7

Año XXXI — No. 1127

"Item: encargo a mis amigos que sobre la blanda tierra de mi sepulcro, o más bien en sus corazones graben el siguiente sencillo epitafio:

Aquí yacen las cenizas
del pensador mexicano, quien hizo lo que
pudo por su patria".

Hállanse estas présagas sentencias terminativas en cierto folleto intitulado *Testamento y despedida* que aparecía en la metrópolis mexicana allá por los años de 1827: inusitado pedimento de Don José Joaquín Fernández de Lisardi hecho dos meses antes de que su muerte acaeciera!

De este singularísimo mexicano hase dicho con sobrada razón justificativa que fué "modesto pero a la vez enérgico e intrépido ante la enemistad personal o la oposición oficial; sinceramente religioso aun cuando atacaba la política eclesiástica y las prácticas clericales; verdadero patriota, si bien señalaba los abusos políticos y sociales que le rodeaban; escritor infatigable que... trabajaba bajo circunstancias muy adversas... crítico tenaz, ya fuese del gobierno, de la iglesia, de las condiciones sociales, o de sus mismos compatriotas, presentando de paso un cuadro colectivo de la sociedad mexicana que pocos escritores han podido igualar..." 1.

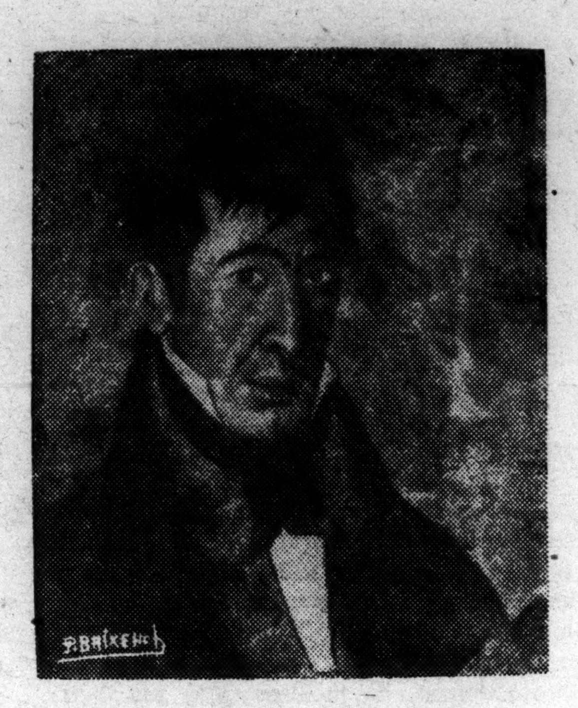
Vertídose han sobre este insigne mexicano juicios autorizados por escritores de enjundia dentro y fuera de casa, entre otros: Ignacio Altamirano, P. Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Jefferson R. Spell, González Obregón, Luis de Urbina, etc., quienes acertada y meritoriamente analizan y avalúan los múltiples quilates de la vida y obra de nuestro autor. Señaládose han sus varios aspectos: el tenaz y candente panfletista; el periodista de combate en las planas de *El Pensador Mexicano, Alacena de frioleras* y *Caxoncito de la alacena;* el autor de fábulas a lo Iriarte y Samaniego; el versificador que en folletos independientes echaba poesías de títulos llamativos y curiosos; el dramaturgo a su modo; y lo que más le encumbra dentro del ámbito literario, el novelista de raras y revelantes dotes. Es en esta última fase de Lizardi y muy en especial en su obra máxime y mejor meditada, *El Periquillo Sarniento,* donde concentraremos para señalar su manifiesta desconformidad, su acristianada acrimonia e indisciplina ante bien definidos y aviesos aspectos de carácter político, social y religioso. Empero, antes conviene hacer un necesario paréntesis aclaratorio.

Holgaría tratar, breve o prolijamente, puntos al parecer ajenos a la tesis que nos proponemos elucidar. Mas, una ojeada so-

1.—Véase, Spell, Jefferson R., *Don Catrín de la Fachenda*, etc., México, 1944. Introducción y p. 257.

La indisciplina de FERNÁNDEZ DE LIZARDI

En *Rep. Amer.* Colaboración de *Luis F. AVILES*



José Joaquín Fernández de Lizardi

mera a las condiciones que pervivían en México por los tiempos de *El Pensador,* substanciará su mejor compresión. Porque, cabe redecirlo aunque es verdad trillada, que a todo escritor hay que circunscribirlo en el ambiente de su época ya que no puede escapar la sujeción a la ley de las influencias proporcionales de la agrupación social, y cuya manera de sentir y de pensar está innegablemente determinada por la raza, el medio, y el momento. 2.

El virreinato de la Nueva España que por casi tres centurias se mantuvo como baluarte prepotente del cetro español en el Nuevo Mundo, para los postrimerías del siglo xviii y los albores del xix, experimentaba fuertes pulsaciones de dolencia que anunciaban el parto —emancipación de la ahora débil y vacilante madre patria. Agrúpanse causas disímiles y remotas para producir una fermentación saludable contra un pueblo que fué a la vez mezcla de tiranía y de piedad, y que luego, esta misma efervescencia se prolongaría, transformada, en amarga y fratricida contienda llena de innumerables calamidades intestinas indicativas de la carencia de unanimidad y cohesión. Si pujante y férreo fué el temple de los conquistadores, suspicaz, represiva y borrascosa resultó la dirigencia de los últimos virreyes, quienes, ora menos malos y de algún integrismo administrativo como lo fué notablemente Révillagigedo, ya arbitrarios y de torcidas inclinaciones, constituíanse en coadyuvantes e indispensables palancas de la monarquía y en irremisibles atalayas avisoras contra todo movimiento que peligrase la estabilidad y prerrogativas de la realeza borbónica y del celoso Santo Oficio.

De entre la balumba heterogénea que comprendía los millones de habitantes de la Colonia, destacábase el elemento criollo: vigoroso, activo, de inteligencia y otros meritorios distintivos. Receloso éste de la falta de comprensión y simpatía a sus justas aspiraciones políticas, económicas y sociales, cúpoles resistir aquella atrabiliaria apatía que se le dispensaba; restóles antagonizar, con derecho, las bendiciones paternales y proteccionistas y las gratuitas dispensaciones civiles y eclesiásticas que, con exclusión a sus miras, se les otorgaban a los españoles peninsulares y a los de abolengo linajudo. Las razones de la Colonia en todas sus fases, estaban supeditadas a los intereses de la **Metrópolis.**

Testimonio fehaciente y pictórico del quizá malhadado derecho de conquista lo formaba el núcleo crecido y básico de millares de subyugados como abyectos aborígenes, postergados y sometidos a las veleidades y vajámenes de un sistema de hijosdalgos, mayorazgos y régimen feudal de grandes latifundios que imperaban como fiel trasunto y consecuencia de los repartimientos y encomiendas de los aciagos días de los conquistadores.

Las duras intransigencias individuales que no escatimaban en repudiar a la sociedad, cual escorias atrabiliarias y execrables, al elemento indígena y mestizo, en síntesis, las castas, inconscientemente engendraban rencores y odios, venganzas que se nutrían en las fuentes de la ignorancia y superstición, la pobreza y el abandono.

Producían los centros de enseñanza ilustres ingenios en los estudios experimentales, las artes y las letras, amenizadas éstas, sin embargo, por la herencia gongorina y conceptista y el éxodus involuntario de la pléyade de notables jesuitas. Los de abajo, en anómalo contraste, no experimentaban las saludables ventajas de la instrucción y cultura generales que pudieran disipar los crasos errores y el oscurantismo que se padecía. País de contradicciones irregulares e ilógicas era México por aquel entonces: riqueza poderosa y deslumbrante por un lado, y por el otro, dolorosa miseria; cultura superior y envidiable, ignorancia extrema; privilegios felices y denigrados individuos.

2.—Véase, Menéndez y Pelayo, *Estética de Taine* en *Historia de las Ideas Estéticas en España,* v. 4, Madrid, 1899, pp 326 y sgts.

A la par que estos problemas se multiplicaban y complicaban dentro de la Colonia, dejábanse sentir de fuera poderosas influencias augurales y determinativas. A las puertas de la patria empezaba a convecinar una entidad democrática y republicana, aunque emancillado el carácter de sus instituciones, desde luego, por el comercio en carne humana—la esclavitud—en la parte cercana a México. No dejaba, empero, de ofrecer un pronunciado contraste muy marcado con el absolutismo monárquico y la ortodoxia romana que prevalecían en la colonia azteca. Dimanaban de Francia enciclopédicas y conflagrantes doctrinas que, no podían ser otras si consideramos aquel brillante y excepcional núcleo de los Diderot, Helvetius, D'Alambert, Rousseau, Voltaire, etc., genialidades germinadoras y propulsoras de un movimiento intelectual poco igualado en los anales del desarrollo intelectual humano. Tal polvorín de ideas razonables e irrefutables infiltrábanse en la Colonia evadiendo la vigilancia de solícitas autoridades, ora seculares, ya eclesiásticas, y se encauzaban paulatinamente para ser absorbidas con avidez por individuos y clases preocupadas por sed de justicia, muy en especial, por el bajo clero, abogados y criollos. Y éstos constituíanse accesorios al modelamiento de una conciencia nacional y al enlazamiento e identificación de intereses comunes. Esta época ofrecía grande similitud con la voltareana en Francia en cuanto a que los individuos, las tertulias de las Josefa Domínguez y otras muchas agrupaciones y cenáculos, abiertos o clandestinos, escudriñaban y analizaban la razón y derechos de los al parecer vetustos sistemas imperantes. Y llegó a creerse católicamente, en la imperiosa necesidad de una revisión de los valores tenidos de incontestables e infalibles; presagiábanse los tiempos menos aciagos mediante la panacea soberana de la libertad. Corroíanse sistemáticamente los cimientos de la organización política y social dentro de la cual convivía una conglomeración etnológica de *guachupines*, criollos, mestizos, e indígenas, armonizados únicamente por los vínculos de la perdurable devoción cristiana y la lengua, aunque todo ello con ciertas restringencias. Surgió efervescente y propugnácea una literatura política y social de folletos y hojas sueltas de tonos satíricos y razonablemente infamatorios; brotó la oratoria y prosa de combate, robusta y candente, clandestina primero, discutida consuetudinariamente en los fogosos e íntimos cuchicheos donde no llegaba el fino y linceo huronear de las autoridades, luego franca y atrevida en sus verdades y acrimonias, plenas de exaltación rabiosa de censura, viva e inquieta por los insondables problemas del terruño.

Eran a la sazón, los tiempos de Lizardi, días de incertidumbre, de transición, de fermentación creativa, de recriminaciones y conspiraciones a *sotto voce*, ya que llegó a imponerse la mezquina coartación de la libertad de expresión. Era una época preparatoria para la nada fácil empresa que iniciara el benemérito de Dolores con fines de desorganizar y derrocar en la Nueva España un pueblo que había sido uno de los más incólumes de la tierra.

Frisaba Lizardi la edad de treinta y dos años cuando en 1808 abortaba la tentativa de independencia de su patria. Sin que nos incumba el averiguar cuáles fueron sus miras políticas por este entonces, y dos años más tarde cuando volvió a surgir la revolución que culminaría en 1821, cábenos apuntar que para 1816 Lizardi hubo de abandonar sus actividades intelectuales en los varios ramos en que se ocupara para encauzarlos en la novela, haciendo, por consecuencia, de la literatura, un instrumento de crítica. Tal lo substancia su *El Periquillo Sarniento*.

Que ni en México ni en los demás países de nuestra América hubo novela antes de ésta de Lizardi es una conocidísima verdad de los críticos; novela, decimos, tal como se comprende dentro de la designación y terminología académica o de escuela. Cultivábanse sólo tentativas o ensayos novelescos antes de *El Periquillo*. Esto se colige de un examen detenido de las guías bibliográficas y descriptivas de Beristáin de Souza: *Biblioteca Hispano Americana Septentrional;* García Icazbalceta: *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, y el más amplio estudio de Toribio Medina: *La Imprenta en México*. Abundaban los catequismos, libros de doctrinas, gramáticas, obras de carácter general en las ciencias teológicas, filosóficas y legales; predominaban los poetas y versificadores; hacíanse historias y crónicas. Había en las colonias, sin embargo, carencia extremada de invención novelesca. Desconocíase el libre y holgado contacto con los libros de ficción, género ya viejo en el mundo. Razón explicativa: las cédulas y demás secretos gubernamentales de los monarcas españoles como puede deducirse de lo siguiente según consta en la *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, Libro I, Título 24, Ley 3: "Que no se consientan en las Indias libros profanos y fabulosos. Porque de llevarse a las Indias libros de Romance, que traten de materias profanas, y fabulosas historias fingidas se siguen muchos inconvenientes. Mandamos a los Virreyes, Audiencias y Gobernadores, que no los consientan imprimir, vender, tener, ni llevar a sus distritos, y provean, que ningún español, ni Indio, los lea."[3]. Tales y demás proscripciones no pudieron menos de coartar el talento creador en el campo novelesco. Asegura Henríquez Ureña en *Apuntaciones sobre la novela en América* que nunca se violaron tales disposiciones [4]. Sin embargo, en cuanto a la lectura de obras novelescas concernía, proporcionaba amplísimos medios el antiquísimo medio del contrabando, las importaciones a escondidas que andando el tiempo se acrecentaron en volumen y diversidad de materia contra la vigilancia del Estado y su coadjutor—La Iglesia. Resume Toribio Medina: "Uno de los más constantes empeños del Santo Oficio en América había sido vigilar por todos los medios que estaba a su alcance que no se introdujesen en sus respectivos distritos libros prohibidos... A pesar, sin embargo, de las precauciones tomadas por los delegados del Santo Oficio, los mercaderes, los particulares y aun los mismos religiosos, lograban introducir algunos valiéndose de estratagemas". [5].

Creación indígena y sin precedentes no lo es *El Periquillo*. Su alcurnia remonta a los Guzmanes, Buscones, Gil Blas, y el resto de la picaresca española cuyo punto de arranque es el *Lazarillo de Tormes*, y a más desear, los gremios de mendigos de la Europa del medievo y los andariegos truhanes Pedro de Urdemalas y Till Eulanspiegel de la tradición folklórica española y alemana respectivamente. Mas, esta creación de Lizardi, si no novela en todas sus fases,

---

3.—Véase edición en 4 ts., Madrid 1681; t., f. 123, ahora en la Biblioteca de Highlands University, Las Vegas, Nueva México.

4.—En *Humanidades*, t. 15, La Plata, 1927, p. 136.

5.—J. Toribio Medina, *Historia del Santo Oficio*, etc., Santiago, 1905, p. 415.

Seamos sólo armonía . . .

(En *Rep. Amer.*)

Una angustia es bastante:
dos unidas,
aunque fueran fielmente compartidas
hasta el último instante,
confundidas,
sólo serían la ofrenda de dos vidas
en ara palpitante.

Tú tienes ansiedades,
yo, amarguras,
tú anhelas emociones y ternuras,
yo albergo soledades
y locuras...
Tú estás ebria de luz, yo vivo a oscuras
somos dos tempestades.

¿Unir nuestros caminos?
—Sería hermoso:
formaríamos un núcleo portentoso
de tremendos destinos,
misterioso,
gigantesco, sublime y pavoroso:
somos dos torbellinos.

No seríamos los mismos:
nuestras vidas
serían dos ansias de vivir hundidas
en dos negros abismos;
sometidas,
serían dos águilas enfurecidas
como dos paroxismos.

Pero hay algo indudable:
tú eres mía,
como a la noche pertenece el día,
en secuela inefable.
Tú eres mía
de modo firme, dulce y formidable...
Seamos sólo armonía...

Román JUGO

San José, Costa Rica, 1951.

ofrece la particularidad de haber sido la primera como tal en nuestra América, amén haber sido obra de intención y tendencia concebida con el bien definido propósito de no sólo contar, sino de moralizar y sugerir panaceas para los vicios y corruptelas que pervivían en la sociedad mexicana del entonces como en partes de las demás colonias. En México, argumenta Lizardi en su afán de "componer el mundo a su modo", y en todas partes, hay una porción de Periquillos a quienes puede ser más útil esta leyenda por la doctrina que encierra" que a aquellos privilegiados que tienen la buena fortuna de fácilmente poder "levantar el edificio de su educación política y cristiana". 6.

Decía Menéndez y Pelayo a su íntimo Valera en carta del 8 de septiembre de 1879: "...soy menos indulgente que usted para los novelistas que se proponen demostrar tesis y enturbiar el arte con propósitos segundos y de propaganda". Con tales autores el ilustre polígrafo se mostraba antagónico "por lo feo y antiestéticos". "No puedo, argüía, ver las novelas cortadas por largos sermones". 7. Desde el punto de vista estético se habría revelado el maestro contra la obra de Lizardi, de haberla conocido; producción que según confiesa, "no hemos tenido ocasión de leer": así explica en su monumental *Antología de Poetas Hispano-Americanos*. Y entre paréntesis, ya que citamos, en estas mismas páginas enjuicia D. Marcelino después de calificar a nuestro escritor de "ingenioso aunque chabacano": "hombre de ideas radicales y aun heterodoxas cuando todavía eran rarísimas en México y extraordinariamente tenaz en divulgarlas", hombre de letras cuya importancia es "más bien histórica y social que propiamente literaria". 8. Débese recordar, empero, que el novelar fué, parécenos, propósito segundo en *El Pensador*. A esto alude Alfonso Reyes cuando comenta: "...para el novelista español el arte es lo primero (consciente o inconsciente) en tanto que Lizardi, por tal de sermonear a su antojo, desdeña el arte si le estorba." 9. El mismo *Pensador* ya había anticipado un comentario a los reparos y observaciones que se le hicieran cuando en *Advertencias generales* nos dice: "Estamos entendidos de que no es uso adornar con notas ni textos esta clase de obras *romancescas*, en la que debe tener más parte la acción que la moralidad explicada, no siendo, además susceptible de una frecuente erudición; pero como la idea de nuestro autor (Pedro Sarniento) no sólo fué contar su vida, sino instruir cuanto pudiese a sus hijos, de ahí es lo que no escasea las digresiones que le parecen oportunas en

6.—Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento*, Ed. Stylo, v. 2, México, 1842, p. 498.

7.—*Epistolario de Valera a Menéndez y Pelayo*, Madrid, 1930, p. 59.

8.—Menéndez y Pelayo, *Antología de Poetas Hispano-Americanos*, v. 1, Madrid, 1927, p. LXXXVI.

9.—Véase *Revue Hispanique*, v. 38, p. 233.

el discurso de su obra, aunque... no son muy repetidas, inconexas ni enfadosas". 10. Esto en cuanto al fondo temático, a la substancia; porque en materia de corrección y estilo *El Pensador* clarifica: "Escribió (el mismo Sarniento) su vida en un estilo ni rastrero ni finchado; huye de hacer el sabio, usa un estilo casero y familiar, que es el que usamos todos comúnmente, y con el que nos entendemos y damos a entender con más facilidad... Con este estudio no omite muchas veces valerse de los dicharachos y refranes del vulgo, porque su fin fué escribir para todos". 11.

Queda manifiesto pues, en primer término, la insubordinación de Lizardi, su no sujeción a determinados cánones y preceptos estéticos de escuela, opiniones y conceptos que no siempre cumple tener de inviolables cual si fuesen el sanctasantórum de las letras, y que sin la conformidad y acatamiento a ellos, de poca monta resultaría la inspiración, o la originalidad, o el genio, y numen de todo escritor. Mas, como en todo cabe la divergencia de criterio, certero y mucho más adecuado parécenos el enjuiciamiento de Altamirano refiriéndose a la obra de Lizardi: "...hemos considerado la novela como lectura del pueblo, y hemos juzgado su importancia no por comparación con los otros géneros literarios, sino por la influencia que ha tenido y tendrá todavía en la educación de las masas... La novela es el libro del común de las gentes: instruye y deleita a ese pueblo que no tiene bibliotecas". 12. Y anteriormente Valera, en *Sobre el arte de escribir novelas*, aprueba y aduce citas de Gualtero Besant y su *Art of Fiction* donde al novelar se le llama "el más moral de las artes, porque las gentes han adquirido siempre la poca o mucha moralidad que poseen por medio de cuentos, fábulas, apólogos, parábolas,

10.—Fernández de Lizardi, *Op. Cit.*, p. 498.

11.—*Ibid.*

12.—Ignacio Altamirano, *Obras*, t. 1, México, 1899, pp. 396-97.

alegorías"; que es "el poder docente más eficaz que hay en el mundo por la facilidad y prontitud con que sus lecciones son entendidas y aprendidas"; y porque "enseña a la mayoría de la gente que lee casi todo lo que sabe de la vida y costumbres, de filosofía y hasta de religión y de ciencia". 13. Hay más. *El Pensador*, por su parte, aduce aquella sentencia horaciana que reza: "De escritor el oficio desempeña, quien advierte al lector y quien lo enseña". 14.

Si bien *El Periquillo Sarniento* tuvo y aún tiene el objeto de distraer y regocijar a los lectores según lo evidencian sus numerosas ediciones, como obra picaresca y de entretenimiento tuvo además, desde el punto de vista social, una tendencia trascendental y moralizadora que se mantiene en pie por la aplicabilidad de muchos de sus aspectos. Verdad es que si cuando *Periquillo* hace su hampesco recorrido por las diversas estratas sociales surge la crítica, la sátira, la censura de lo que merece este tratamiento tanto en individuos como en los grupos, en las instituciones, también se pone de manifiesto la necesidad imperiosa de corrección y enmienda. Confúndese, desde luego, la personalidad de *Periquillo* y la de *El Pensador*, ésta, contemplando la sociedad de un modo ni fragmentario ni deli-

13.—Valera, *Obras completas*, t. XXVI, 1910, p. 297.

14.—Fernández de Lizardi, *Op. Cit.*, v. 1, p. 90.

beradamente limitado sino ampliamente enfocado. D. Pedro Sarniento, el Periquillo de la historia, previene a sus hijos contra la maledicencia de los necios e inmorales y ruega que no se presten los cuadernos relativos a su vida "ni a las viejas hipócritas, ni a los curas interesables, y que saben hacer negocio con sus feligreses vivos y muertos, ni a los médicos y abogados chapuceros, ni a los escribanos, agentes, relatores y procuradores ladrones, ni a los comerciantes usureros, ni a los albaceas herederos, ni a los padres y madres en la educación de su familia, ni a las beatas necias y supersticiosas, ni a los jueces venales, ni a los corchetes pícaros, ni a los alcaides tiranos, ni a los poetas y escritores remendones..., ni a los oficiales de la guerra ni soldados fanfarrones y hazañeros, ni a los ricos avaros, necios, soberbios y tiranos de los hombres, ni a los pobres que lo son por flojera, inutilidad o mala conducta, ni a los mendigos fingidos..., ni a las muchachas que se alquilan, ni a las mozas que se corren, ni a las viejas que se afeitan, ni... pero va larga esta lista". 15. Porque *El Pensador*, de larga experiencia observadora de los hombres en una sociedad donde hacían su asiento, y aun plagan partes diversas de nuestra América, las señaladas y otras muchas escorias de tal laya, no podía menos de reaccionar, de mostrarse enérgicamente desconforme e intolerante contra lo que al parecer se aceptaba con apática e indigesta indiferencia. De manera que, como en épocas de crisis en nuestros países siempre ha habido "hombres de acción que hacen historia a la vez que la escriben; que estiman la literatura como medio de propaganda", 16, Lizardi arremetió contra fijos convencionalismos malsanos con la valentía incontrastable y el desenfado de criterio censorio y cáustico, si se quiere, paliable éste, por supuesto, por haberlo puesto al servicio de la verdad y de la justicia. Aplicable a *El Pensador* lo de Azorín a Feijóo: "una sensación de hostilidad hacia un determinado ambiente". 17.

Para su denuncia válese Lizardi de varios personajes de su novela, y de Periquillo, el central, echado al mundo en constante vagar, insensible a todo lo agradable y hermoso que le rodea. Le entretiene y preocupa, por otra parte, sólo el aspecto social y moral de los vericuetos por donde penetra, para exhibir, de brocha gorda, andrajos y miserias. Estos nos los describe con energía y colores vistosos; los expone tal como son, fotográficamente, sin rodeos ni ambages. Pintor realista, y por ende, a veces brutal, de la vida de su tiempo, pero que lleva el sello de una optimista efusión de simpatía humana. Llega sí, a la crudeza repugnante, al asco, y de cierto nos ofrece el caliginoso vaho de las bajas esferas sociales. Empero, no lo fueron menos Quevedo y su Pablo, Alemán y su Guzmán, y anteriormente, allende los Pirineos, el bárroco pantagruelismo rabelasiano. *El Pensador* es un Feijóo cuando dirige su protesta contra inútiles creencias y supersticiones viciosas; un Pereda pintando al desnudo escenas de color local; es un Rousseau en materias educacionales; es la caterva enciclopédica en puntos de gobierno, y con restringencias, en cuanto a ciertos aspectos externos, o sean, los formalismos de la religión. ¿No lo fué así el inmortal maestro de la novela moderna: Galdós? Anticipóse Lizardi a muchos prohombres de su tiempo en la defensa de los derechos inalienables del etiope, argumentando "que el pensar que un negro es menos que un blanco... es una preocupación opuesta a los principios de la razón, a la humanidad y a la virtud moral" 18. Y de este mismo razonamiento se sigue que puede ser aplicable a cuantos tienen en menos o aprecian despectivamente el temple y carácter de los millares de pobres que constituyen las masas del terrígeno americano. Es Lizardi, en síntesis, un indisciplinado en toda la extensión de la palabra pero que, al lado de la parte negativa e inquieta, como Feijóo, Nasdeu y otros en España, ofrece una crítica constructiva y de valores perennes avenidos para el entonces, y para hoy día, cuando todavía prevalecen en nuestros países gran parte de los innúmeros errores que condenara.

Sin dar exhauste a los múltiples y variados temas que se abordan en *El Periquillo* y otras obras literarias de *El Pensador*, temas que esclarece con voz de protesta, cabe apuntar que su inconformidad se inicia y despunta desde los comienzos de su obra maestra: el nacimiento y otros etcéteras relativos al héroe. Aquí ya procede Lizardi contra muy arraigadas costumbres antañonas tocante a lo que se hacía y se hace por el recién nacido: engalanar a éste con reliquias y baratijas del supersticioso paganismo. Llega luego el momento de cristianar al niño, y nos encontramos con que los progenitores "haciendo comercio del Sacramento del Bautismo no solicitan padrinos virtuosos y honrados, sino que posponen éstos a los compadres ricos o de rango... por el rastrero interés de que les den alguno friolera... o que quizá... serán útiles a sus hijos después de sus días". 19. Y estos mismos padres, siempre prestos a ser indulgentes y mimosos, soportan los remilgos de sus hijos en el comer o los crían cursientos, barrigones y descoloridos por permitirles comer indistintamente a todas horas, sin orden ni regla en la cantidad y calidad de los alimentos Además ¿por qué se damnifica el desarrollo físico de estas criaturas negándoles el aire libre, no haciéndoles bañar con frecuencia ni acostar a una hora regular? 20. ¿Y qué hay respecto al uso y abuso de poner malos nombres, pro-

15.—Fernández de Lizardi, *Op. Cit.*, v. 1. p. 26.

16.—F. de Icaza, *El Quijote durante tres siglos*, Madrid, 1918, p. 118.

17.—Azorín, *Los Valores Literarios*, Madrid, 1913, p. 120.

18.—Fernández de Lizardi, *Op. Cit.*, v. 2, p. 246.

19.—Fernández de Lizardi, *Op. Cit.*, v. 1. p. 29.

20.—*El Periquillo*, v. 1, pp. 32-33.

Doncella incomparable

(En *Rep. Amer.*)

Asombrada y nerviosa, fino perfil de espanto,
Gacela quebrantada que se agota en el viento,
Tenías una lenta voz de humo adolescente.

Absorta y conjugada doncella incomparable,
Terminabas, entonces, en un límite breve.

Estrella sin rebaño, luna incauta,
Paciendo entre la niebla,
Eras un balbuceo sin légamo en la brisa,
Y la dormida comba que en tumulto se enciende.

Ibas —viento de antílopes y almendra de sonrisas—
Con séquito de aromas y palabras chorreantes,
Sin que osaran mis ojos tocar de seda y ángel
Tu vencedora frente.

Superficie constante y esclavitud de mármol,
Nada escapó de ti sin resplandor, sin rostro.

Caminante enlutado, esculpido en la noche,
Llevé junto a tu nombre mi grito encadenado.

Aquí pone tu nombre su música aterrada,
Y es traspasado, y alto, y firme sobre el mundo.

César ANDRADE Y CORDERO

Cuenca, Ecuador. 1951.

pio de un carácter gracioso y vil, de truhanes odiosos de cuyos vilipendios no se escapan ni aun los encanecidos?

Hay ciertos aspectos de familia, común en aquellos tiempos y vigentes hoy en no pocas partes, contra los cuales *El Pensador* menudea la censura. Tómese por ejemplo, el afán constante de bien intencionados pero ignorantes padres que, por razones de abolengo o estrata social, consideran acto de bajeza o denigratorio el que sus hijos aprendan un oficio decente y honrado, aun cuando demuestren muy a las claras carencia de vocación o inteligencia para cosas mayores. ¿Y qué puede pensarse de un padre o una madre que imponga su tiránica voluntad cuando su hija trata de seleccionar merecido esposo, como si en estas cosas cabe dictársele al corazón cómo debe sentir; y si la hija rehusa justamente, ¡Zas! se le compele entrar en religión sacrificando su libertad por caprichos y sórdidos intereses? 21. Refléjese también, ya que estamos cerca, sobre la institución de la primogenitura o mayorazgo. "Esta corruptela, dícenos Lizardi, no tiene más apoyo ni más justicia que la imitación de las preocupaciones antiguas... es una preferencia injustamente concedida al primogénito para que él solo herede los bienes que por iguales partes, pertenecen a sus hermanos, como que tienen igual derecho". 22.

Copiosos, multiformes y extraños son los tipos y situaciones que desfilan, en sucesión al parecer interminable, ante todo lector de la obra de Lizardi. Revelan, unos y otras, tras concienzudo y penetrante escrutino, las justas fiscalizaciones de *El Pensador*. ¿Qué se ha hecho aquella loable práctica de recibir aprendices por escritura bajo la cual el maestro se comprometía a enseñar su oficio en un tiempo determinado? Aprenden aquellos sí, pero es el arte de desempeñar bien los mandados y ejercer demás oficios de un criado. Los escribanos, en su gran parte, no pasan de corrompidos e hipócritas, pícaros e intrigantes. Boticarios hay, tan desconsiderados como abusivos con sus drogas y remedios en tiempo de necesidad y carestía. ¡gracias a la indolencia del protomedicato que los tolera! Las corridas de toros, "cosa repugnante a la Naturaleza, como a la ilustración del siglo en que vivimos". ¿Y qué se nos expone sobre las casas de juego? Guaridas donde se invierte la moneda del pan de cada día para convertirse en lágrimas y sinsabores familiares, porque los que apoyan el juego y lo defienden y se sostienen de él, son otras tantas esponjas de la población que chupan la substancia de los pobres. Vense los serenos obrando como alcahuetes consumados de ladrones; médicos inservibles y hospitales peores donde practicantes y enfermeros resultan ser unos pícaros, insolentes y faltos de caridad; cárceles desprovisats de todo conocimiento de las leyes penales. "Es cierto, añade *El Pensador*, que las cárceles son destinadas para asegurar los pícaros y delincuentes, pero algunas veces otros más pícaros y más poderosos se valen de ellas para oprimir a los inocentes... engañando la integridad de los jueces más vigilantes..." 23. ¿Qué de una sociedad que descaradamente consiente y tolera una infinidad de mendigos profesionales, permitiendo que éstos eludan la ley básica y universal del trabajo? Son tales escorias, viles ladrones de los legítimos pobres, porque pueden trabajar y ser útiles. Este defraudar el socorro de los realmente necesitados, debe compeler a todo individuo sensato a considerar que "la caridad debe ser bien ordenada: debe darse limosna, pero saber antes a quién, cómo, cuándo, para qué, dónde y en qué se distribuye para los que la reciben; no todos los que piden necesitan pedir; no todos los que dicen que están en la última miseria, lo están en efecto, ni a todos a los que se les da limosna la necesitan". 24. Todos aquellos que hemos conocido este mundo "por dentro y por fuera" que diría Quevedo, no podemos juzgar estas frases candentes de Lizardi arbitrarias e injustas: salían de las reconditeces íntimas de su inteligencia y su conciencia.

Hay un aspecto en la crítica, en la censura general de *El Pensador* que necesita saber interpretarse con ecuanimidad para no caer en actitudes pecaminosas y vitandas. Referímonos a sus ideas respecto a los bailes y el uso de bebidas intoxicantes, costumbres, con restringencias, universales. La mesura, el decente y buen comportamiento en todo, son indispensables requisitos en el proceso de acción e interacción sociales. El abuso y la ordinariez es otra cosa. Sobre lo primero, dícenos Lizardi: "Bailar no es malo, lo malo es el modo con que se baila, y el objeto porque se baila". Tocante a lo segundo, advierte: "Uno de los perjuicios que la embriaguez acarrea al que la tiene, es exponerlo a la irrisión de cualquiera... A más del estrago que causa en la salud, y en el espíritu, perturba la razón en el hombre y la hace objeto denigrantemente ridículo a cuantos observan sus descompasadas acciones, sus balbucientes palabras y sus desconcertados discursos". 25.

La actitud feijooniana y enciclopédica, queremos decir, lo más demoledor de la crítica de Lizardi, encuéntrase en su razonado sentir y pensar contra las supersticiones que prevalecían en su México del entonces, y prevalecen hoy día, no sólo entre las masas ignaras de nuestra América, sino entre el agregado que llamamos "lo mejorcito"... por razones económicas. Mas, volviendo a *El Pensador*, dícenos: ¿qué hay sobre tal o cual astro, o fenómeno celestial que influye en nuestras vidas de este u otro modo? Patrañas y cuentos de viejas. ¿Y eso de guardar lutos, velorios, etc., como si no existieran sobre ello ciertos abusos en relación con los funerales, pésames y entierros? 26.

En su *Testamento y despedida* 27, burlas burlando, si se quiere, es donde *El Pensador Mexicano* presenta su "no creo" en materias religiosas, pero prefaciadas con: "Declaro ser cristiano católico, apostólico y romano, y como tal creo y confieso todo cuanto cree y confiesa nuestra santa madre iglesia, en cuya fe y creencia protesto quiero vivir y morir; pero esta protesta de fe se debe entender...". Aquí empiezan los peros y los *items*, contra: "los duendes, brujos, hechiceros, vampiros, brucolacos y demás gentuza de esta clase"; "el abuso de creer a tal santo autorizado para alcanzar tal gracia particular"; la resurrección del envoltorio mortal: "Dejo mi cuerpo a la tierra, mientras las mejores substancias se exhalan en gases, y pasean por toda la naturaleza, mezclándose con diferentes substancias ya vegetales, y animales, y haciendo a su vez parte de una fragante rosa, o de la hoja de hediondilla, parte de un filósofo o de una vieja regañona, etc."; la muy poca religión, a pesar de los innumerables iglesias y conventos; jueces y tribunales, y mucha falta en la administración de justicia; una policía asombrosa que llega... cuando no la necesita; la indiferencia con que los congresos han visto la felicidad y libertad de los indios; las inútiles veladas a los enfermos, que sirven para divertir holgazanes. Hagamos un punto final: la indisciplina de Lizardi debe ser bien conocida en nuestros países. La suya, no fué para el México del entonces; su obra, *El Periquillo Sarniento*, y las restantes, se intencionan para nuestra América, donde existen, hoy día, los Periquillos, los Catrines y las Quijotitas.

Luis E. AVILES, Ph. D.

New Mexico Highlands University
Las Vegas, New Mexico.

21.—*El Periquillo*, v. 2, pp. 94-96.

22.—*Ibid*, pp. 90-91.

23.—Véase *El Periquillo*, v. 1, pp. 314, 334, 338, 353, 461, 472.

24.—*Ibid*, v. 2, p. 175.

25.—Ibid, cap. XIV.

26.—*Ibid. caps.* VI y XIII.

27.—Véase, Spell, Jefferson R., *Op. Cit.*, pp. 243-259.

A los novelistas, cuentistas y críticos de la novela y el cuento en Hispanoamérica

Trabajo en la preparación de la sección cuento, novela y crítica de ambos para la bibliografía comentada que prepara la Biblioteca del Congreso y publica la Universidad de Harvard, titulada Latin American Handbook. *Esta sección incluye también cuadros de costumbres. Agradeceré a los autores hispanoamericanos que me envíen a mi dirección en Vilá Mayo 1400, Santurce, Puerto Rico, un ejemplar de los libros incluidos en esa sección para examen y crítica. He comenzado con el año 1949.*

Concha MELENDEZ

Directora de Investigaciones y Catedrática de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Puerto Rico

Mister X

Es un cuento peruano de *C. E. ZAVALETA*

(En *Rep. Amer.*)

He aquí un simple informe:

"Lima... de ... de 19..

"Excelentísimo señor:

"Hace una semana que nos fué encomendada por el Gobierno que usted preside, la responsabilidad de investigar si los últimos acontecimientos, dados su concatenación, su violencia y su eco en el interior del país, pudieran, quizá, significar algún intento de derrocar nuestro sistema. La autoridad, durante varios días, se vió desconcertada y desplegó la fuerza pública como no lo había hecho en pasadas épocas de nuestra historia, cuando contra La Constitución y las leyes, y contra su secuela de paz y de trabajo, insurgía un grupo ambicioso y desmanado que pretendía encarnar los más puros ideales colectivos. Nuestra opinión admite tal nerviosidad como natural. Lima durmió el último sábado en completa oscuridad y con las calles atestadas de vehículos, pues la congestión del tránsito —que empezara a las seis y doce minutos, en la esquina de Mercaderes y Mantas—, habíase extendido como una plaga hacia las nueve de la noche; aún más, y entre las seis y quince, y las doce de la noche, se produjeron simultáneos accidentes y choques entre la policía y el elemento civil. Las líneas telegráfica y telefónica que comunican Lima con el interior del país, habían sido al parecer cortadas por mano criminal, e incluso la línea férrea a Huancayo —obra de ingeniería que inflama de orgullo a los peruanos—, fué bloqueada en un punto donde murieron más de media docena de personas, en su mayoría indígenas. En nuestra capital el temor cerró los establecimientos comerciales y desalojó a multitud de empleados que vagaron anhelantes de cualquier medio de locomoción, a fin de alcanzar sus hogares y aquietar en un algo la duda que padecían sobre el origen de todo aquello. Los balnearios fueron paralizados por una ola de expectación al conocer la noticia que atribuyeron a un golpe de estado, transcurrida la cual, precipitáronse las gentes sobre los teléfonos, en un vano empeño de comunicarse con familiares y amigos; entonces, los más amorosos e intrépidos, decidieron llegar a la ciudad aun a costa de burlar a la policía, mientras que los barrios aledaños al Centro exhibían sus calles de mujeres y de niños, de hombres hogareños y de estudiantes, que, por la avidez, formaban grupos avanzando por todo lo ancho de las avenidas San Nicolás de Piérola, Alfonso Ugarte, Brasil, 28 de julio, Arequipa y Paseo de la República. Nada pudieron nuestras órdenes contra tal curiosidad. A las seis y treinta de la tarde se detuvo el tránsito en el Centro, mas fué aquella una medida dictada por el azar y no por la policía dispuesta a reducir a la muchedumbre. Cientos de automóviles y tranvías vociferaban con timbres y claxons. Sólo transeúntes podían circular, y esto explica que al fin naciera el orgullo de las piernas doblegando a las máquinas, y la certidumbre de que la desgracia residía, no en carecer, sino en poseer un lujoso automóvil que impedía la fuga. Hombres y mujeres saltaban ágiles por sobre las trompas de los autos; mas, ingresado que hubieron al corazón de la ciudad, como no se fueran, ya por curiosidad, ya por confusión y tropelío, la policía, que le es profundamente sumisa a usted, señor, cerró todo acceso y únicamente permitió el desalojo. Fué entonces cuando la obligada refriega abatió treinta sediciones. Ello no obstante, y en nuestra condición de miembros vitalicios de una Comisión Consultiva que jamás dejó de asesorarle en todos los actos de su gobierno, afirmamos desde hoy que sus temores de una posible rebelión son infundados; de lo contrario, no habrían ocurrido muchas escenas cómicas y extrañas que nada tienen que ver con la política. Este es el primer ejemplo de nuestro informe:

"El cuarto piso de un edificio central fué desalojado a los dos minutos de haber visto alguien que, abajo, en las calles, la agitación era signo de locura. Empero —ignoramos razones—, quedó una secretaria dentro del guardarropa (el edificio es uno de los pocos que posee habitaciones para dicho menester), y se presume que la enclaustraron por descuido. La joven, sintiéndose abandonada, rompió en alaridos y golpeó la puerta. Un hombre —digamos mejor, un sádico—, ha confesado a la policía que él estuvo ahí presente y que dos amigas de la prisionera escucharon su llamado, pero que, temerosas de ser atacadas por un peligro común, diéronse a la fuga; entonces, el hombre permaneció una hora ante el monstruoso y desgarrador llanto de la muchacha. Pegado a la puerta, escuchó sus golpes, su miseria, su rabia, y penetrado de dicha, el sádico fué testigo de la belleza del dolor e imaginó los ojos que destilaban el brillo de unas perlas. Más adelante, relata que él *sabía* (y para cualquier otro investigador equivaldría a decir que él desencadenó los disturbios o que era un cómplice), que nada iba a ocurrirle, y que en Lima el nerviosismo era nada más que histérico; podía, entonces, beber en paz el dulce llanto inagotable, cuando al fin escuchó el peso de un bulto que cae: la mujer había muerto de un ataque de horror y él resultaba el victimario. Abrió la cerradura: desde abajo, crucificada sobre el piso, le contempló una joven con los cabellos en desaliño y los brazos blancos y desnudos cual una porcelana; feliz de aquel hallazgo, volvió a cerrar y fuese tranquilamente a escribir una irónica carta a la policía, en la que, por supuesto, no da su paradero, aunque presume de "cometer siempre crímenes de acuerdo con su cómplice el azar". Pues bien, desgracias como ésta, son, digamos, efectos mediatos de la causa que debemos desentrañar; el culpable de lo uno, como se verá, no puede ser legalmente culpable de lo otro.

"Prosigamos. La policía cometió el error de transformar muchas plazas en lugares extremos de reunión pública. Evitó el acceso al barrio comercial y administrativo, pero en las plazas Bolognesi, Dos de Mayo, Italia y San Martín, en el Parque Universitario, en el Paseo de la República, en la Inquisición y en todo el Malecón del Rímac, la multitud tuvo en principio derecho a permanecer. Allí acudieron toda clase de gentes, cada una con su versión de la causa real; fué imposible evitar que los caballeros limeños —viviendo en las tardes a lo largo del Jirón de La Unión y siendo, a la vez, devotos padres de familia y groseros libertinos—, buscaron oyentes y se echaran a deslizar comentarios. Alguien dijo que sabía la verdad y que un enemigo de usted, señor, se le había rebelado. Vino un cúmulo de respuestas contradictorias. Se rebatió el argumento voceando que usted mismo provocaba el disturbio, a fin de desviar la atención pública de no se qué problema. Un tercero —a quien usted no conoce—, se confesó íntimo amigo suyo, habitante de Palacio como de su propia casa, y manifestó que la única verdad era ésta: los partidos de izquierda se movilizaban en un inútil derroche de energías. Entre tanto, los líderes políticos se exhibieron todavía más confusos. Nuestra opinión reza que su veredicto fué de histerismo; por ello, en cada plaza, un miembro del partido mayoritario trató de calmar los ánimos e invitar a la dispersión. Empero, al cabo de un tiempo, ocurrió como si las masas no pensaran en morir y como si, tras la molestia de fugar de sus hogares y de evadir a la policía como unos delincuentes, hubiera llegado al deleite que buscaba prolongar hasta nunca la vida en sociedad; y a tanto subió aquel lazo, que políticos y policías fueron igualmente repudiados en el fondo de los pechos. Por obra de la inercia nadie quiso moverse. Pasó el tiempo mientras hablaban del mismo tópico: "¿Dónde estabas tú cuando empezó esto?" "¿Quién te llamó?" "¿Qué sabes del motivo?", etc., y vino al fin la eterna plática sobre temas familiares: "¿Qué me cuentas de fulano?" "¿Cómo está el tío...?" Nadie, señor, obedeció nuestras órdenes. El ataque, pues, se hizo necesario, y la muchedumbre, demasiado sensible, respondió con lo que pudo, enardecida y furiosa contra la policía, esto es, dirá alguien —que nuestra opinión no comparte la actitud—, contra el gobierno que usted preside, y las manifestaciones (*I'll speak the truth, only the truth and no more than the truth*), fueron muy dignas de tomarse en cuenta, sobre todo tras la muerte de la primera víctima.

Con los cientos de vehículos imposibilitados de avanzar ocurrió igual. Aquietáronse al cabo, ufanos choferes y pasajeros del pretexto que les salvaría de la tardanza; los amantes llegarían a destiempo y las empleadas invocarían a Dios a fin de hacerse creer por sus madres; en fin, habría para todos un asunto sobre el que ya debían afilar su poder de narración. Mas, en pleno sosiego, quedó libre el paso, y los choferes, inánimes, indiferentes, molestos por ser arrancados de la inercia reemprendieron la marcha, y héte aquí que en vez de partir hacia sus destinos, diéronse a caminar lentos y a producir colisiones entre ellos. Fué extraño; chocaban hoy que no deberían hacerlo, y así, nuevos accidentes y nuevas congestiones de tránsito, en una horrible sucesión que nos quitaba la paciencia.

"A las siete y cuarenta de la noche ocurría aquello. No obstante, en los confines más remotos de nuestro país se produjeron ruidosas manifestaciones "políticas" (al parecer, en efecto, lo eran). En Chiclayo



el gentío fué encabezado por el Prefecto, el Alcalde, el Jefe Provincial, los profesores de los Colegios, el Obispo y empleados de Correos y de la Caja de Depósitos; tras ellos, unos cuantos obreros y curiosos, vivando a un chiclayano que decían haberse sublevado contra el régimen y que traería el progreso de Lambayeque; en el Cuzco los vítores fueron en honor de un cuzqueño, en Trujillo por un trujillano, en Arequipa y en Huancayo por un huancaíno. Todos los subordinados de usted, señor, confesaron que nunca le habían sido fieles y que eran partidarios desde mucho atrás del nuevo cabecilla. Cuando al tercer día, el lunes, les llegó la noticia de que ningún cambio político había ocurrido, Alcalde y Prefecto, Obispo y empleados, volvieron a juntarse y a recorrer las calles, esta vez portando una efigie de usted, señor, y llamándole *Salvador de la Patria*. ¿Cómo, pues, tal unanimidad de opiniones desencadenó sangrientos crímenes en aquellas ciudades? En ninguna provincia del país, señor, existe un frente civil contra el militar; aun más, ni siquiera un bando de los gobernados contra el gobernante, y falsea la verdad quien no le haya informado así. Ocurre que entre las gentes del lugar se han incubado odios y resentimientos que buscan la mínima válvula de escape, y cuando, por ejemplo, se hallan al comienzo todos muy amigos celebrando a un candidato, paulatinamente, con el simple ardor o con las copas, renace el caudal de envidia y es entonces cuando sobrevienen las reyertas. Igual sucedió ahora, y ni el gobierno de usted ni la primera causa que investigamos pueden ser los culpables.

Los actuales sucesos son indudablemente graves. A la trágica desaparición de muchas personas debe sumarse el medio centenar de heridos, el millar de prisioneros y la consiguiente alarma y desolación de que son presa innumerables pechos; además, no la cifra escueta e impersonal, sino la violencia y el dramatismo con que en Huancayo, por ejemplo, una familia se arrojó a la vía para impedir el paso del tren, y el modo sangriento cómo, en Lima, la temeridad de un amotinado pudo ensañarse con la vida de cinco de los mejores hombres de nuestro cuerpo policial. De todas las provincias del interior, repito, nos llegan escenas dignas de un salvajismo caníbal: cadáveres mutilados presenciando una orgía de enemigos familiares, duelos de esposas contra concubinas, de amantes engañados contra amantes engañados, y que fueron simultáneos con el hervor de las manifestaciones. La oportunidad del desenfreno y del vicio se produjo. La capital exhibe una serie de motines a partir del sábado, una huelga que de los estudiantes ha llegado a los obreros y que va a cundir a los empleados del gobierno y a derrocar de los ministerios a muchos amigos de usted; y de otro lado, la consiguiente campaña de prensa magnificando los hechos, tocando al sentimentalismo. Esta es la realidad. ¿Cuál la conducta a seguir por los poderes del Estado, cuál la respuesta a los ataques que les prodigan sus adversarios, cuál el sistema de acabar con la miseria de las clases explotadas que, según cierto sector, debe implantarse para felicidad total y definitiva? A estas preguntas, señor, se nos ha encomendado absolver.

Cualquier investigador partiría del supuesto de una causa política en los actuales sucesos, y echaríase a estudiar el panorama de las diversas facciones, para decidir cuál de ellas pudo ser la responsable, a cuál de ellas pudo convenirle el trastorno del orden público. Creemos que por tal camino hay suficientes salidas como para resignarse a una más o menos verídica, pero que tal conducta sería absurda por haber desoído las enseñanzas de nuestra historia durante más de un siglo. A lo largo de la República, el Perú, y sus conductores como usted, señor, han creído que un móvil puramente social y económico *no puede producir trastorno alguno*. Con el tiempo, y para el futuro, esto equivale a decir: *no debe producir trastorno alguno*. Si bien aparentemente las causas son las diferencias de clases y lo intolerable de la actual estructura del Estado, en un más certero enfoque aquellas premisas se derrumban ante la única verdad incontestable: las causas son las de la real estructura humana, independiente del simple vivir en una u otra condición. Para quien ignore las múltiples aplicaciones de esta teoría peruana, citaremos un ejemplo de lo más instructivo. La tarde del lunes, e influida por la prensa, vociferó una muchedumbre contra los culpables de la masacre del sábado; de nuevo, cierre de comercios y, de nuevo, desalojo de empleados que engrosaron sin buscarlo las filas de la manifestación; entonces, como por toda la masa cundiera una falta de móvil, surgió la chispa de un joven que después de corta arenga invitó a arrasar con la policía, cogió de un salto a un guardia y avanzó protegido del escudo contra los demás, en tal explosión de coraje, que fué seguido entre un clamoreo de gigantes. Muchos tomarían esta actitud como producto del odio al Poder, en tanto que nosotros, los peruanos, fieles a nuestra teoría, opinamos que en toda naturaleza humana existe la simpatía por el más intrépido, por el más vigoroso, y que el anhelo de vida heroica aprovecha todas las oportunidades, tengan la causa que tuvieren. Aquel joven buscó la exaltación por el arrojo de cometer actos que nadie se atrevía a cumplir, deseó la gloria y la calificación de héroe por la masa que, tras él, significaba la humanidad entera. Lo demás fué burdo pretexto.

¿Cómo, pues, señor, hemos de interpretar la actual rebeldía a la luz de este saber tradicional? Hoy como ayer, afirmamos, bajo nuestra responsabilidad de asesores de la Presidencias, que las c a u s a s no fueron ni sociales, ni económicas, ni políticas, y que, tras infatigable pesquisa en que se movilizara todo el Bureau de Investigaciones, hemos gozado con la alegría de tener una vez más la razón. Existe un culpable que no es el descontento por el gobierno de usted, que no es la asfixia económica, ni la extraña mezcla de envidia y de odio que pone en el pueblo la burguesía; y nuestro regocijo es doblemente radioso al comprobar que en el Perú existen móviles sociales bastantes para provocar una rebelión —puesto que usted mismo, en pláticas privadas, acepta que las condiciones de vida son miserables, y que (como remedio más leve), un inflexible reparto de utilidades entre el Estado y los feudatarios, una merma de la burocracia inútil, el desprecio por la vida sensual y las maquinaciones de los políticos criollos, bastarían para hacerle justicia al pueblo; existiendo, repetimos, grandes razones sociales, sin embargo, cada vez que ocurren estos hechos, se exhiben otras causas como verdaderas y profundas. O sea que, indudablemente, en nuestro país los móviles sociales y económicos duermen en segundo plano, y usted, señor, queda justificado al no darle importancia de acuerdo con nuestra secular historia patria.

"Confesamos que fué muy arduo ubicar al responsable y doblegar el desconcierto de matanzas y motines por toda la nación. Como natural respuesta, lo inmediato con-

(*Sigue en la pág.* 110).

13 de Febrero de 1837

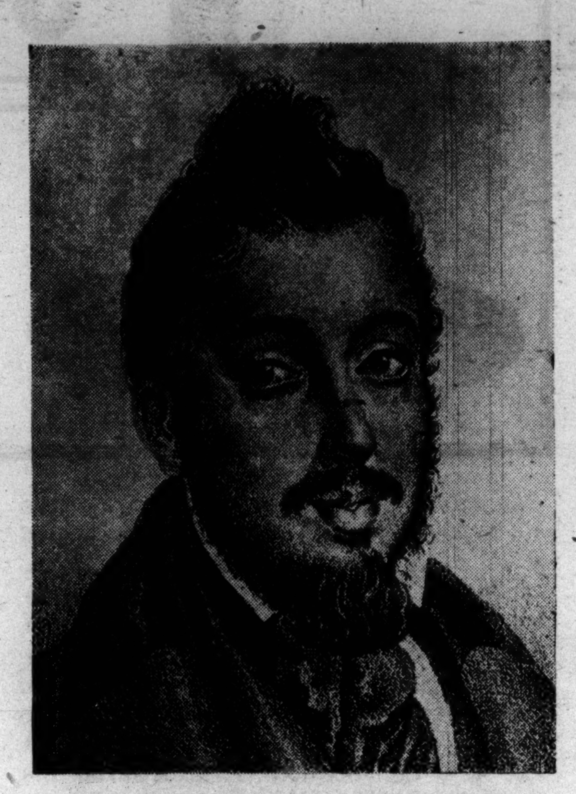
Por *Joaquín EDWARDS BELLO*

(Es un recorte de *La Nación* de Santiago de Chile. Envío de *E. E.*)

En la alcoba de un segundo piso de la calle Santa Clara, en Madrid, a las ocho y media de la noche, el 13 de febrero de 1837, se suicidó el joven escritor don Mariano José de Larra. Murió antes de los veintiocho años. En parte sufría cansancio cerebral y de la tristeza inherente al mucho conocer. Nació triste, y el que nace así es triste toda la vida. La hiperestesia, o exceso de sensibilidad, es lento veneno. Para las personas como Larra no existen ilusiones, por cuanto perciben el fondo turbio de todo. Larra, escritor, fué una excepción. Al final de su vida los demás escritores le hacían el honor de no mencionarle, lo cual en verdad significa colocarle aparte de lo común. En los diarios conservadores su nombre era prohibido. Le acusaban de cínico, de afrancesado, de incontentable y de demoledor de la vida española. Los más inteligentes, entre los envidiosos, le acusaban de contradictorio, y aun de superficial. Alguien dijo, en su muerte, la letrilla quevedesca: "Era de vidrio y quebróse". No obstante, es Larra el escritor más profundo de su tiempo, sin esfuerzo para demostrarlo. No declamó ni envolvió pocas ideas flacas en miles de palabras gordas. Baroja dijo de Larra que pontificaba con el aplomo desagradable del señorito que estuvo en París. Desagradable no sé por qué. Aquí también se nota el enojo que produce hablar de París entre los que desearían ir y no fueron a tiempo. Larra estuvo en París. Aprendió bastante, y la gracia de sus crónicas es pariente de la gracia queiroziana, bebida en iguales fuentes parisienses. Se renovaba Larra cada mañana, en nuevas y sorprendentes crónicas, como los ríos siguen corriendo y cambiando aguas. ¿De dónde su perenne y vivísima actualidad? se preguntaba Miguel Oliver. Sus expresiones eran a la vez punzantes, poderosas y eficaces. Todo era o parecía vivo en él, menos él mismo. Una sombra de melancolía cubría sus facciones. ¿Rabia o qué? ¿Rabia o dolor de España? De eso murió, y lo demás es pretexto. Larra es el profeta del desastre español de 1898 y de la generación de Joaquín Costa. La justicia y el sentimiento del honor, de origen gótico, se desmoronaba. En ese Madrid, del 30 al 37, se fraguaba Cavite. Tiempos de El Empecinado, de Riego, de Torrijos, del ladrón Candelas, de Santa Mariana de Pineda, el narizotas cara de pastel y del grito: ¡Vivan las caenas!

En el aire frío de la noche de carnaval, en 13 de febrero de 1837, sonó el pistoletazo. La casa de la calle Santa Clara está en pie todavía, con una placa municipal. Ahora el barrio es viejo, por el camino a San Francisco el Grande, esquina de la calle de la Amnistía, cerca de la calle de la Unión. Conozco la calle Santa Clara, por cuanto enfrente de ella tuvimos nuestro domicilio Aquiles Vergara Vicuña y yo, en 1919. Casco Viejo, pisos altos, balcones con barandas de hierro follajeado. Un letrero dice: *Se prohibe fijar carteles.* La casa de Larra era entonces un taller de modistas.

El último acto en la vida de Larra fué la visita que recibió de dos mujeres: Dolores Armijo, que era casada y amante del



Mariano José de Larra

escritor, y una amiga de ésta. Afuera nevaba. Se escuchaban ruidos alegres y excitados de las máscaras, de las vejigas, zambombas y matracas. Carnaval en 1837.

Larra era casado y vivía en el piso de Santa Clara, separado de su esposa. Ese día la esposa le había mandado a la hija de visita. Larra, en espera de su amada, mandó que fuera la niña al patio, a jugar con la hija de la portera. En la mesa de su gabinete brillaba la vajilla de París, con el café.

Dolores Armijo llegó demudada esa noche. No era la misma. Ansiosa de terminar, tiró un paquete de cartas en la mesa. ¡Mis cartas! ¡Esto no puede ser!... Mi marido... La opinión. ¡Pronto! ¡Mis cartas! ¡Adiós!

Dolores partió y Larra quedó solo. Decir lo que pensó es absurdo, por cuanto nadie sabe lo que otro piensa. El cálculo es el siguiente: su matrimonio había sido una equivocación. Sus asuntos literarios eran vidriosos. La literatura es el arte más vulnerable. Al mismo tiempo —dijo Balzac—, de todas las pasiones abstractas, la más fuerte. Nadie podría demostrar de manera concreta el mérito de un escritor. Larra, muy leído, pero no apreciado. Maeztu dijo: "se mató porque no tuvo camaradas". En el teatro habían silbado una de sus traducciones del francés. La más preciada de sus virtudes, la libertad, había caído en la trampa que le tendieron, so capa de apoyo, los políticos señores Alcalá Galiano y duque de Rivas. Ser político, había dicho Larra, es ser león. El periodista es el cordero. El liberal ultranciero que había sido Larra aceptó un sillón de congresal en un gobierno de moderados. Pero la reina Cristina traicionó al grupo de bien intencionados y restauró la Constitución absolutista del año doce. Los afrancesados y los liberales sinceros emigraron. y Larra quedó expuesto al ridículo. El sillón de congresal permaneció inédito. Cuando ocurre un suceso adverso y de proporciones en nuestra vida parece que todos los sucesos malos anteriores subieran como la hez y rebalsan la copa de la amargura. Nada de lo bueno y amable que nos haya ocurrido prevalece. Entonces recordamos la suprema salida. Montaigne dijo: "La vida tiene una sola entrada, pero miles de salidas".

Sonó el tiro. El criado que acompañaba a las damas hasta el zaguán, con el candelabro, creyó que su amo había dado un puñetazo en la mesa de la vajilla y del café. La última rabieta. ¿Qué representó Larra en la España de 1830?

Larra columbró el desastre de esa España insensata, pulverizada en regionalismos contradictorios, incapaz de esfuerzos unidos, empobrecida y discutidora, en la que se frondoseaban los separatismos, los extremismos, del liberal al inquisidor, del monarquista al jacobino, sin términos medios ni voluntad de colaboración, ni simpatías. Larra representó en ese caos la flor del espíritu crítico y la promesa de lo mejor. En el entierro de Larra hubo poca gente. Al pasar el cortejo por la calle de Santiago, camino de la calle Mayor, un viejo de peso, carrasposo y grave, murmuró desde su mirador: "¡Cuánto daño hizo a España!" Se persignó en el fuerte olor a cocido con garbanzos que venía de la cocina y rezongó: ¡Dios le perdone!

Entre los acompañantes en el entierro se encontraba un joven chiquito cubierto con descomunal sombrero de copa, conseguido aquella mañana de prestado: era moreno, casi diminuto, nervioso, de cabeza grande y crespa, ojos negros, pera y bigotillo negros. Este joven, después de haber leído sus despedidas los periodistas, avanzó súbitamente y pronunció unos versos impetuosos y sensibles hasta el punto de verter lágrimas y desmayarse. El joven, a quien nadie conocía, se llamaba simplemente José Zorrilla. He sabido que era casi un enano por cierta crónica de Castelar. Su cabeza parecía pertenecer a un gigante. Debió ser de esos españoles chiquitos y de alma enorme como el conquistador de Ojeda. Un dato para entender mejor la opinión que tendrían de Larra en el tiempo de su muerte nos lo dió el propio Zorrilla, pocos años más tarde, cuando escribió:

Nací como planta maldecida
al borde de la tumba de un malvado.

Luego Larra, para no pocos, fué un malvado. El adulterio y la separación de la esposa debió contar en buen lugar. El poeta Zorrilla, de los versos en el cementerio de Fuencarral, tuvo diversas etapas en su vida, como todo el mundo. Cambió bastante. Cuando pronunció el discurso era un chico medio anarquista, escapado de la casa de sus padres. Vivía entonces de lance, en casa de un artesano. Más tarde casó, sin suerte. Para huir de la esposa irascible, puso mar por medio, y se radicó en México. Figuró en la Corte del emperador Maximiliano. Vió representar su *Don Juan* por unos indios, en una toldería serrana, y adivinó el temperamento artístico de ese pueblo. Adivinó, asimismo, el destino de Maximiliano. ¿Son de él los versos *"Maximialiano, non ti fidare — torna al castello de Miramare"*? Esta es la segunda etapa en la vida de Zorrilla. La tercera y

Cuaderno de bitácora

Son dos artículos de *Luis Alberto SANCHEZ*

(En *Rep. Amer.*—A tención del autor)



Rubén Darío

Lo que no pasa

En muy pocas cosas, a Dios gracias, estoy de acuerdo con Ventura García Calderón, pero una de esas pocas cosas es, sin duda, su admiración total por Rubén Darío. "Es el genio auténtico que yo he conocido", me dijo VGC, y le creí y creo. Claro, que hay otros seres por allí, negados a la percepción de los dandies literarios. De todos modos, lo de Rubén es exacto. Como para convencer al remiso, acaban de editarse sus *Cuentos completos* (Fondo de Cultura Económica), con un nutrido prólogo de Raymundo Lida y notas de Mejía Sánchez. Puede sentirse orgulloso el Colegio de México, bajo la dirección de Alfonso Reyes, de la tarea que realiza. He aquí una prueba adicional, si necesaria fuese. A la luz del espléndido prólogo de Lida resaltan los caracteres del estilo en prosa de Darío; sus innumerables gracias, su seguridad, su elegancia. No obstante, en esto como en todo, siempre cabe mejorar lo presente, y me parece que el *quid* reside en que, desde hace tiempo, uno o dos grupos de investigadores han dado en la flor de quintaesenciar sus logros, pero sin dar el debido trato a quienes no pertenecen a sus aledaños. Yo advierto, por ejemplo, la ausencia de varios testimonios apreciabilísimos acerca de Darío, en las páginas de esta edición. Por ejemplo, el imprescindible texto de Francisco Contreras (el chileno, grande y viejo amigo de Rubén), el de Alemán Bolaños (que lo trató como nadie en Guatemala), la referencia a la semblanza de García Cálderón, uno de cuyos atisbos es esencial, y hasta la mención de un estudio mío, todo un libro, en donde, nueve años antes que el libro de mi gran amigo Pedro Henríquez Ureña, no sólo apunto, sino que analizo la influencia que la vida muelle, característica de fines del siglo pasado en ciertos círculos americanos, influyó en el tono del modernismo.

No me lleva, al formular estas observaciones, otro impulso que el de contribuir a acrecentar informaciones, y romper con un prurito muy común entre los hombres de letras: encerrarse tras de los muros de sus simpatías, para no absorber otros aprendizajes que los gratos o similares; y hasta donde mi parva experiencia se extiende, creo, al revés, que las mejores enseñanzas vienen por la vida del contraste, antes que por las de la similitud o coincidencia. Y, conste, no menciono el libro de Vargas Vila, que me parece fundamental en ciertos aspectos, ni los apuntes de Torres Rioseco, que ha contribuido, y no poco, al esclarecimiento del fenómeno modernista. Ni a Goldberg, que se adelantó a todos, ese magnífico Goldberg tan pulcra y oportunamente vertido a nuestro idioma por el irreemplazable Díez-Canedo.

Como quiera que sea, *Cuentos completos* constituye un precioso volumen. El compilador ha tenido verdadero tino en rastrear las producciones fantásticas y en prosa, del poeta, si bien nos hubiera gustado que, por ejemplo, cuando se refiere a la única tradición de Darío, imitando a Palma, hubiera recordado el intercambio de impresiones y piropos entre Rubén y Ricardo Palma, allá por 1890, o algo así. No hay duda que este volumen, como el de *Poesías completas,* editado por Aguilar, representan dos de los esfuerzos más valiosos para justipreciar a quien, fuera de toda hesitación, fuese el más grande poeta del idioma en la última década del siglo pasado y las dos primeras del presente. Rubén Darío conserva así, antes de haber soportado el largo trascurso de tiempo (lapso de tiempo, sí, señor, no sólo *lapso*) que, por lo general, requiere la fama de un clásico. A los treinta y cinco de su deceso, es ya figura tutelar, con estatua, parques, fontanas rumorosas, bosques propicios, edición de obras completas y multitud de admiradores devotos. Maestro con discípulos y satélites. Padre de profusas exégesis. Liróforo terrestre.

✕

última fué la del arrepentimiento cristiano, cuando se preguntó: ¿Por qué razones llamé "malvado" a Larra? ¿Por qué razones llamé imbécil al pueblo de Toledo?

En la tumba de Larra, según la imaginamos, dice: *Aquí yace la esperanza.* Condenar al suicidio es buena defensa de la sociedad y está bien. No condenemos al suicida. Cierto doctor chileno se negó a prolongar artificialmente la vida de un suicida, so capa de hacer *lo humanamente posible para salvarle la vida.* En vez de eso, murmuró: Dejadle en paz. ¿Verdad, señor B?

Algo incomprensible y desagradable en la actitud de Larra consiste en el hecho de que cometiera el suicidio cuando su hija, la inocente niña, jugaba en el patio de la casa. ¿Se enteró la hija? Tuvo influencia dicho incidente en el porvenir tumultuoso y criminal de doña Baldomera de Larra?

Permitidme hablar de mí . .

Nuevamente, en las columnas de la prensa mexicana se me tributa el insigne honor de ocuparse de mí, a propósito de la novela de América. El señor Pineda, distinguido crítico azteca y colaborador del diario *Excelsior,* ha emprendido ahora —en febrero de 1951— un recuento del tema, y, como es natural, alude a un rubro mío del que ya hablaremos. Lo mismo habían hecho otros comentaristas en varias semanas, desde las columnas de *El Nacional* de México, allá por setiembre de 1948. Debo recoger las alusiones por ser inexactos los hechos en que se fundan. No las recogería si se tratase no más que de aseveraciones discrepantes. El derecho a discrepar es la sal del progreso intelectual; pero el de imaginar una falacia para arremeter contra ella, como si existiese, siendo así que no existe, obliga a poner los asuntos sobre sus pies, a fin de que entonces se los enjuicie según el leal saber y entender de cada quien, mas sin alterar la base real, los hechos concretos.

En 1930 —hace 21 años— concluí un libro tiulado *América, novela sin novelistas,* el cual debió aparecer bajo los auspicios de Genaro Estrada y de la CIAP, de Madrid, lo cual no ocurrió, porque la CIAP quebró en 1931, y el 32 me hallaba yo en exilio, lejos de todo papel de mi invención. Sólo en 1933, y en pobre edición de Lima, apareció el engendro. No fué muy debatido. Creo que lo pasaron por alto. Después, cuando la tesis central de la obra entró en ebullición, sobre todo en Ecuador, Perú, Chile y algo Panamá y Argentina, juzgué necesario reeditarlo, corrigiéndolo y haciéndolo proceder de un largo prólogo polémico, 1939. La edición es de 1940, en Chile.

He aquí mi punto de vista: hasta 1930, en que yo escribía, se percibía a mi juicio un hecho: América, como tierra rica en temas, personajes, conflictos, panoramas, leyendas, etc. (material novelesco) era inmensamente mayor que el número y, sobre todo, la calidad de sus novelistas. América, por contener todo ese temario inédito, producía una novela-crónica, en la que el escritor se limita a reproducir la realidad (relato), sin necesidad de llamar muy a capítulo a la imaginación o inventiva. La cantidad de personas que han publicado novelas en América no debe confundirse con la profundidad del tono conjunto de la novela americana; o, en otras palabras, una novelística con carácter propio, no se forma sólo porque haya muchos novelistas, sino que requiere un modo de ver, un punto de vista, un estilo, tal como hay un estilo de novela inglesa, rusa, francesa, alemana, etc. De ahí deduje que América es una novela (virtual o potencial) sin novelistas (que hayan acertado en su expresión

propia característica). Ahora bien, como desde 1930 hasta 1940—y más, hasta 1951—el esfuerzo recreador de los novelistas americanos está llegando a estructurar un modo propio, el prólogo de 1939 a la edición de 1940, revisó todos estos puntos, y los expuso. Parece que el prólogo no ha sido leído. Abrigo la duda de que el texto haya tenido mejor fortuna. El título, sí, la ha tenido; y excesiva... hasta el punto de recibir contenido ajeno.

Tal es el hecho y tal la tesis, en revisión, precisamente desde hace unos cinco años, en que cargo a donde voy con las papeletas, apuntes, esquemas, fichas, borradores y demás impedimenta de un grueso tomo sobre la novela americana. Si demora es porque es difícil leer todo lo necesario, pues no se consigue. Sea, por tanto, lo más importante de este alcance cordial a mis comentaristas aztecas y de otras partes, un reclamo apasionado a que me consigan y envíen novelas de todas las épocas, de todas las escuelas, a mi actual residencia temporal en la Universidad de Puerto Rico. Verán que no es acto perdido, y contribuirán a desengañar a un engañado.

Caritativa empresa. Amén.

Luis Alberto SANCHEZ

Ocios mentales

Nación, Estado, Democracia

Colaboración de *Víctor LORZ*

(En *Rep. Amer.*)

Empezaré por las definiciones para sacar después las conclusiones lógicas. *Nación*: suma total de los ciudadanos. *Estado*: *modo de estar* de la nación. *Democracia*: gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. O bien: *elegido* por la nación, *ejercido* por la nación y para el *bienestar* de todos. La nación, pues, son todos los ciudadanos. El estado, siendo *el modo de estar* de ellos, ya tiene un sentido más restringido. Así decimos: estado republicano, o monárquico, o socialista, o teocrático, o liberal, o laico, o absolutista, o sindicalista, o democrático. En el lenguaje corriente, estado es sinónimo de gobierno; como nación es sinónima de pueblo; y como democracia (al uso) es sinónima de gobierno representativo, o digamos simbólico, pero no efectivo o real del pueblo. Nuestra democracia, hasta ahora, no es sino una democracia de similor, un símbolo o gesto de democracia. Como las retiradas simbólicas que inventó Chamberlain en la guerra de España. Hay otra definición de nación y estado, que me gusta mucho, porque es gráfica, es viva, es perfecta y es de Unamuno, como la definición corriente de democracia (que es magnífica) es de Lincoln. Hela aquí. Abrid la mano derecha y tenedla abierta y extendida: es la nación. Cerrad la mano y apretadla: es el estado. El estado es el puño cerrado sobre la nación. O bien: la nación prisionera bajo el puño de ese monstruo abstracto y sin entrañas que es el estado. Para ello, está servido éste y protegido por una red de artilugios coercitivos que lo convierten en un acorazado: códigos, policía, cárceles, congresos adictos, etc. No conozco nada más perfecto que la definición ideo-visual del maestro de Salamanca. En la realidad de la naturaleza y de los principios, la nación siendo anterior al estado es también superior a él. Lo malo es que, en la realidad de la historia y de los hechos la nación fué siempre una esclava del Estado, un instrumento pasivo de que se sirvió éste para sus propios fines generalmente contrarios a los fines más altos de la nación. La *voluntad* de la nación, castrada por el instrumental coercitivo del estado, no ha pasado de ser una voluntad simbólica, voluntad de eunuco que quiere y no puede, impotente para reducir al estado a su condición de servidor del pueblo. Si todo individuo es egoísta, el estado es la obra maestra hecha del egoísmo de todos, porque es el egoísmo sintetizado de todos los individuos de la nación. Si mal no recuerdo, es un pensamiento de Schopenháuer. En la historia de las paradojas de nuestra civilización, ésta es una de las mayúsculas. Porque siendo la nación anterior al estado y condición *sine qua non* para que el estado exista, éste tendría que estar supeditado a ella. Por el imperativo de la naturaleza y de la filosofía, el estado debiera estar bajo el puño de la nación; pero al cuajar en las impurezas de la política, ese imperativo ha seguido una filosofía al revés, como si el estado tuviera un nacimiento cronológico anterior a los hombres que lo forman. Al descender desde la altura de las doctrinas a las impurezas de la realidad, los principios y las definiciones pierden su fuerza. Y los hombres cuando llegan al poder se olvidan de todos los imperativos de moral y de todas las definiciones que han leído en sus libros y se esfuerzan por instalarse junto a la mesa del presupuesto con toda la comodidad posible.

El político que llega al puente de bitácora y coge el timón por los votos o por los puños, se olvida *ipso facto* de que es un empleado de la nación. Y *la nación es él*, como en las monarquías de *derecho divino*. De este divorcio entre nación y estado ha nacido la desfiguración de nuestras democracias. La definición que les aplicara Lincoln, con ser exacta, sólo tiene un pequeño defecto: *que no se cumple*, que nunca se ha cumplido. Para que se cumpla, tiene que llegarse previamente a hacer realidad la siguiente fórmula: estado=nación, o gobierno=pueblo. Lo cual no podrá suceder, sino cuando la nación, es decir el *demos*, es decir *todos*, sean dueños no sólo del estado, sino de todo lo que forma el *Haber* de la nación: tierras, fábricas, etc. En buena doctrina política y ética, es imposible destruir este principio. De nada sirve gritar que en la democracia la nación es de todos, cuando la mayor parte de los ciudadanos no tiene nada. Y dando un paso más adelante, yo afirmo que sólo puede llegarse a la fórmula del *estado=nación* en el socialismo. Cuando nuestro bárbaro *derecho de propiedad* cambie de signo, pasando de individual (o egoísta) a social (o cooperativo), lo cual no sólo sería más justo, más conforme con la *inmanente justicia*, sino más moral, más religioso, más cristiano, más fraternal y... más democrático. Decía pues, que nuestra democracia es *de exportación*, porque el pueblo nunca ha gobernado. Han monopolizado la función del gobierno castas privilegiadas de la aristocracia o del dinero, y precisamente para eso: para conservar sus privilegios y aumentar con ello su dinero. El pueblo siempre quedó a extramuros en las orgías de sus mandatarios.

La democracia nunca ha estado en *pretérito* o *historia hecha*, sino en *futuro* o en *veremos*, porque todavía no la hemos visto. Aunque otra cosa digan los jesuitas de la política y todas las cotorras europeas y sudamericanas que les hacen coro.

Aunque hemos dado pasos hacia adelante, apenas hemos entrevisto de lejos la cara de la diosa. Pero está visto que tenemos que sufrir mucho antes de hacerla nuestra. Tengo fe en el socialismo y sé que algún día la nación dejará de ser *un fin del estado* para ser *su propio fin* ella misma. Cuando desaparezca el estado-puño, le será fácil a la nación re-crearse a sí misma sobre la base de ser *ella sola* la razón suficiente de sus destinos. Pero hay que darle vueltas al tema. Si en teoría constitucional abstracta, la nación y el estado son iguales, o *convertuntur* como dicen los filósofos, en la práctica (como hemos visto) se contraponen, o mejor son dos enemigos que se miran de reojo. Exactamente igual que el alma y el cuerpo de los teólogos. Pues bien: tan absurdo y anticientífico es el concepto *estado enemigo de la nación*, como el de *cuerpo enemigo del alma*. La sinrazón de ambos dualismos es la misma. Como no hay fuerza sin materia y viceversa, tampoco hay alma sin cuerpo. Todo es uno y lo mismo. Y el que no sepamos todavía cómo la materia puede pensar, no es motivo para negar que pueda hacerlo. Ya en el siglo XVII, en su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, el inglés Locke tuvo el valor de lanzar a la intolerancia de su época la afirmación de esa posibilidad. Hoy, en el apogeo de la fisiología y de las ciencias de la naturaleza, no digo los sabios, sino hasta los hombres de mediana cultura están de acuerdo con ella. El hecho de que *sin cerebro no hay pensamiento*, es algo indestructible. Y contra un solo *hecho*, no hay silogismos que valgan. El dualismo de las religiones, según el cual, el cuerpo no es sino la bolsa del alma, es hoy ridículo y no hay un solo hombre de ciencia que lo crea. Espíritu y materia son *un todo único e indivisible*. Paralelos a éstos son los conceptos hasta hoy antitéticos de pueblo y gobierno. Es que vivimos una democracia falsa. En una democracia de verdad, ambos serán de una sinonimia y una equivalencia perfectas. Y no sólo el estado será una función de la nación, sino que el estado mismo desaparecerá. Entiéndase bien: no es que el estado será abolido por la fuerza, sino que se esfumará, se desvanecerá insensiblemente. Esto sucederá en aquella fase del socialismo futuro en que, gracias a una producción superabundante, *el gobierno de las*

personas será substituido por la *administración de las cosas,* por medio de los sindicatos que serán, administradores y no gobernantes. Así lo afirman teorizantes del socialismo que, por ser unos formidables cerebros pensadores, habremos de dispensarles un poco de fe. Para llegar a ello, habrá de pasar antes mucha agua bajo el puente. Pero a mí me gusta soñar porque sólo los sapos no sueñan. Y todo lo que sea una vaga esperanza en la desaparición del *estado-monstruo,* enemigo de la nación y que crece a expensas de ella, habrá que saludarlo como una primicia del mundo nuevo. A cualquiera que tenga un mediano conocimiento de la geología y de la historia, y un espíritu no cerrado *a priori* por algún "ismo" religioso o político, no le será difícil convenir conmigo en que estamos en los prolegómenos de un nuevo tipo de vida. Las leyes del mundo físico y las del racional son idénticas. Y ellas nos dicen que todo gran cataclismo es el precursor obligado de un nuevo equilibrio de la materia y de la fuerza. El cataclismo de esta hora, que es de dimensión universal, no es sino el terreno de transición por donde nos deslizamos al nuevo *devenir.* Y hay que saludarlo y resignarse, porque en el mundo de las ideas como en el de la materia, nada sucede por la *voluntad del hombre* sino por efecto de leyes que son eternas, deterministas y fatales. *Todo es necesario. Nada ni nadie es libre. Nosotros somos necesariamente libres.* La eterna cuestión de la filosofía sobre la noexistencia del libre albedrío, nos convence hoy más por el conocimiento mayor de la naturaleza y de las leyes naturales.

Decía que el estado moderno, es el *estado-monstruo* por excelencia. Porque a pesar de sus pretendidos respetos a la libertad humana y a la propiedad, todo ello no es sino un jesuitismo farisaico. Dicen, por ejemplo, que lo *intocable,* lo que podíamos llamar el *santísimo sacramento* de la civilización actual es la propiedad privada. El monstruo la respeta mientras no demuestra lo contrario, como tampoco respeta nuestra vida que es el único gran bien que poseemos. En una guerra, él nos manda a la muerte sin consultarnos si queremos ir a que nos maten, o a matar a quien nada nos ha hecho. Y si no queremos ir, él nos mata. No importa que él se proclame *cristiano.* El *"no matarás",* no reza con él. Los fines del estado moderno, absolutista y policíaco, se reducen a uno solo: ser fuerte él, para salvarse sólo él, aunque a la nación se la lleve el diablo.

El estado no le pregunta a la nación lo que ella quiere ser, ni siquiera les deja a sus expansiones vía libre. Empezando por proclamar que él no se equivoca, es raro que no le mate en flor sus ilusiones a la nación cuando en ésta aletean pájaros de ilusión, ansias de renovación para superar algún monstruoso *status jurídico* existente. Por ejemplo: la reforma agraria es un postulado democrático en los pueblos donde aún no se ha hecho. Es un postulado democrático y no revolucionario, porque la tierra no sólo es de la nación, de los nacionales, sino que es la nación misma Y pertenece por *derecho natural,* no a los privilegiados y adinerados que la posean por un *derecho escrito,* sino a todos los que quieran trabajarla, aunque carezcan de dinero para establecer sobre ella un triste *derecho escrito.* El monopolio de la tierra por el privilegio o el dinero es inmoral, es antifraternal, es antirreligioso y es antidemocrático, porque subvierte los fines de la naturaleza, y por ende, el orden social que sólo puede asentarse sobre la armonía de un derecho imprescriptible como es el de la naturaleza. Sólo la tierra libre puede satisfacer la ecuación del hombre con la vida. Sin el valor de esta ecuación, que está dado por la tierra, no hay hombre, no hay ciudadano, no hay nación, no hay nada. El insigne Presidente Roosevelt gustaba decir que el oficio del gobernante consistía, no en dar más dinero al que tiene mucho, sino en darlo al que tiene poco o al que no tiene nada. He aquí una alma grande. En un mundo bien gobernado, el hombre suficientemente rico debe sufrir el veto de las leyes para no serlo más. Toda acumulación de riqueza en una parte, es producción de pobreza y de esclavitud en la opuesta. Yo he profesado siempre unas cuantas intolerancias: contra la crueldad, contra la maldad, contra la ignorancia, contra la injusticia, contra el lujo y contra el exceso de riqueza. Y para completar mi pensamiento, contra las guerras, sobre todo las civiles, por lo monstruosas, por lo estúpidas, por lo inútiles, porque no resuelven nada y porque lo agravan todo.

En la concepción moderna, el único que podría alegar derecho a la tierra es el que la trabaja en persona y mientras la trabaje, revirtiendo en caso contrario a la comunidad para su nueva redistribución. No importa lo que digan unas leyes escritas con mucho bomba y muchos considerandos en tiempos semi-bárbaros. Un derecho romano y un derecho feudal, caducos ante la razón y la justicia, y que en nada pueden subrogar el derecho de la naturaleza que nace y muere con nosotros, que es intrínseco al ser natural, sea ciudadano o sólo hombre. Este derecho exclusivo a la tierra *para* el que la trabaje y *mientras* la trabaje, será consagrado algún día en el *Derecho* futuro. Repito que esto no es revolución, sino democracia y sentido común y razón y justicia.

Mientras no haya ajuste entre nación y estado, será imposible la democracia. Por efecto de ese divorcio, es que le han salido granos malignos a ésta. Ved algunos: *extranjero, fronteras, oficialismo, relaciones ilícitas con dictaduras sanguinarias.*

Extranjero. Esta palabra es absurda en una democracia. Esta, no puede ser nacionalista. El gobierno del pueblo, por y para el pueblo es un postulado humano. Y si es humano no puede serle indiferente a nadie el destino de una nación que no es la suya. Y si esto es cierto, es un *derecho del hombre* intervenir en la política ajena. Este derecho se ha ejercido por los *extranjeros* sólo en dos ocasiones memorables: en la Revolución Francesa y en la República Española ahogada por Franco, Mussolini y Hitler en un mar de sangre bajo el celestinaje y con la bendición de las democracias.

Fronteras. Uno de los mayores absurdos de nuestra civilización. Jamás hubo fronteras en el mundo sino hasta el siglo XIX. El mundo era de todos, propiedad de todos. Hoy es propiedad de pocos, quizás de uno solo: *El Estado.*

Oficialismo. Los que mandan. Lo que *no es* el pueblo. De este divorcio proviene el que *gobierno* y *pueblo* tiren cada uno por su lado. Sobre todo, en lo internacional, el estado hace todo lo contrario de lo que quiere el pueblo. Así pasa en las relaciones diplomáticas con dictaduras feroces y sanguinarias. Y como el estado envía a todas partes *la verdad oficial* (que es casi siempre la *mentira verdadera*), de aquí que los pueblos oprimidos se llamen a engaño creyendo que las carantoñas y babosidades oficiales, son la expresión de la voluntad de los pueblos.

Relaciones ilícitas con dictaduras sanguinarias. (Prefiero no hablar de esto).

Todas estas antítesis sólo reconocen una causa: la falsificación de la democracia. Ella hace posible que el estado vaya por un camino y la nación por otro sin poder entenderse. Y esto tiene su lado cómico, pues no parece sino que el estado fuera un ente metafísico bajado del cielo. Pero, señor, si esos que forman el areópago suelen ser unos infelices! Y bajo todas las latitudes el hombre de la calle los señala con el dedo: *Fulano,* un pobre diablo; *Zutano,* un tonto; *Mengano,* un presumido; *Fulanejo,* un charlatán; *Zutanejo,* un libertino; *Perencejo,* un infeliz... Pero también, bajo todos los cielos, en cuanto esos infelices suben al Olimpo, sufren metamorfosis integrales. Entre otras: dejan su *pedigree* a la puerta; olvidan el tono campechano de la bajura, aprietan los labios y echan la cabeza para atrás para hacernos creer que están cocinando pensamientos enormes; hablan en *sol mayor;* y... se pierden de vista entre las nubes. Son *El Estado.* Desde ese momento se olvidan de sus promesas y obran en pequeños dictadores. Pero según los filósofos, el *magis* y el *minus* no cambian la especie. Es por esto que, el actual *estado democrático* vale tanto o tan poco como el del Rey Sol, el de Hitler o el de Franco. Democracias y autocracias administran a sus pueblos la libertad con cuentagotas, y viven sobre ellos como sobre presas de guerra. Se escribe campanudamente en las Constituciones un estatuto de derechos humanos: libertad de sindicalización, de conciencia, de prensa, de reunión, de expresión... Hermosos derechos que, en la *hora cero* se convierten en deberes, pues hay que pedir permiso para ejercerlos. Toda petición de permiso supone el derecho de negarlo. Lo que supone una verdadera antinomia: *legis adversus legem repugnantia.* Para el omnipotente estado moderno, nada tan fácil como la pre-fabricación de pretextos para tener bajo el puño a la nación, obstruyendo el juego de las leyes, y hasta de la Constitución toda entera. Hay pues que convenir en que, las actuales democracias tienen muchos ángulos grotescos: lo permiten todo pero no dejan hacer nada. Es la venganza de los *infelices* y el placer de la hora de su revancha. Después de todo, quizá tenga esto su lado humano y legítimo. El goce que debe sentir un infeliz recién salido de su estercolero, cuando puede descargar a gusto sus puños sobre las anchas espaldas de la nación entera, debe ser digno de un dios. Más que más, si para salir de su estercolero con la de dejar metido en el fango a un gigante

del pensamiento.

En resumen. El estado es un monstruo ayuda de unos votos, se ha dado el gusto que día a día crece desmesuradamente a expensas de la nación. Si ésta lo tuviera bajo su puño, sería imposible la hipertrofia del monstruo y sería posible la democracia. *E si non, non.* Porque según una ley de fisiología, la hipertrofia de un órgano no supone la atrofia del otro. Y la salud está en el equilibrio de fuerzas, en el *término medio,* tan sabio, de los antiguos. Si nación y estado siguen estando en razón inversa, podríamos constatar esta ley: "En la medida que el estado acapare la vida nacional, (códigos, policía, diputados, cárceles, actividades, iniciativas, libertad, dineros y vidas de los ciudadanos) la voluntad de la nación se irá debilitando y de claudicación en claudicación, rodará monte abajo, hacia su degeneración por esclavitud". Bajo el puño de hierro del estado, el proceso de esclavitud seguirá su curso, a menos que surja una potente opinión pública, como defensa. Cuando se vive en condiciones humillantes sin posibilidad de redención, se empieza a perder la fe en sí mismo, se sigue por olvidar, y se acaba por no pensar, por atontarse, por sumergirse en el *nirvana* que es el acabamiento de la voluntad, la disolución del *yo* en la nada. Esto es tan cierto en político como en religión. En lo político, se realizó en el Asia y en el oriente medio, en donde por una larga tradición de esclavitud, fueron reducidos los pueblos a polvo humano, sin fe y sin esperanza.

Sólo en el terremoto mundial de la hora presente (que es la mayor *hora cero* de la historia) van surgiendo otra vez esos pueblos, como fantasmas salidos de sus tumbas milenarias, a la voz de la hora que grita a cada uno: *levántate y marcha.* Y en el terreno religioso, igual fenómeno se dió en Europa y sigue todavía. Ella fué embrutecida por el largo despotismo ejercido sin misericordia por la iglesia católica que fué su madrastra. Sólo el grito del siglo XVI pudo detener a tiempo el proceso de embrutecimiento del Viejo Mundo, al romper una mitad de él con Roma, el centro corruptor. Esa mitad, inició desde entonces su curva ascendente y en ella sigue con paso firme. En cuanto a la otra mitad (sobre todo España e Italia) sigue recibiendo todavía de aquel centro *el pensamiento dirigido* y *la conciencia controlada.* Aletargadas las dos con opio trascendente ,apenas pueden constituirse terrenalmente.

El estado teocrático es tan absorbente de la personalidad como el político, pero mucho más peligroso. Porque aquel está metido, incrustado dentro de los demás estados. Vive de ellos, y los hace trabajar y servir a los fines de él que es un verdadero superestado. Problema arduo, no por sí mismo, sino por la ignorancia supina que reina en el mundo sobre estas cosas. Pero él será resuelto definitiva e irremisiblemente por la ciencia futura.

Víctor LORZ

Costa Rica
1º de mayo de 1951.

Ejercicios poéticos en forma de sonetos
sobre temas de Horacio

Colaboración de *Miguel Angel ASTURIAS*
(En *Rep. Amer.*)

EXEGI MONUMENTUM

(*Oda XXX—Lib. III*)

Aquí guarda la esponja de húmedades
que devoró mi historia entre faisanes
y el terremoto que tumbó ciudades
y el Aquilón de brazos capitanes.

Yo no he de pasar. De las edades
triunfaré. Silenciosos ademanes
hará mi sombra viva a las deidades
del futuro. Mi afán en los afanes

del campesino, del obrero, el niño,
en las puertas mi voz de bronce puro
y mi gloria del lado del corpiño

que guarda pecho y corazón de bella,
mientras entre diamantes del oscuro
alce su luz la vesperal estrella.

NON USITATA NEC TENUI FERAR

(*Oda XX—Lib. II*)

Si luciendo la nieve sin consuelo
del cisne, regresarás del olvido,
libre de perecer en negro hielo,
el Orbe llevarás como vestido.

Si pájaro canoro vas de vuelo,
Icaro que se cae del sentido
común a contemplar lo que del cielo
queda vivo, ¡canta que te han oído!

Tus exequias serán de cuerpo ausente,
porque no morirás, mientras en Galias,
en Iberia y la Cólquida haya gente,

lejos la envidia, terrenal azufre,
que te siga en la música que sufre
convertidos tus versos en sandalias.

QUID DEDICATUM POSCIT APOLLINEM

(*Oda XXXI—Lib. I*)

La melodía del imán a chorros
diamantinos engendró mi poesía
y jamás te pedí tener ahorros
con edad de marfil. No poseía

cosechas, ni rebaños, ni cachorros
y en una manta mi heredad cabía.
Vuelvo ahora después de muchos corros
de silencio a la misma melodía...

Al imán diamantino del amante
que la malva, la oliva y la achicoria
hace valer lo mismo que el diamante,

para, Cintio, pedir vejez sin mengua
del honor y salud y a mayor gloria
las cuerdas de la cítara en mi lengua.

NATIS IN USUM LAETITIAE SCYPHIS

(*Oda XXVII—Lib. I*)

Cristal, sonido, transparente seno
que fué roto en pedazos por el Tracio.
Arquitectura. Pie bajo un espacio
que siempre tuve hasta los bordes lleno.

Rompa la copa el que bebió veneno,
pero no el que alegría de topacio
o gozo de rubí saca del lacio
estado cuerdo al dulce desenfreno.

Combatir con las copas es costumbre
de bárbaros. Guardaos del impío
que en medio de los vinos y la lumbre

de la fiesta, ignora la aventura
de esta divina imagen del vacío
que el mundo llena y la garganta apura.

OTIUM DIVOS ROGAT IN PATENTI

(*Oda XVI—Lib. II*)

La luz corre desnuda por el río
huyendo sin cesar en lo movible
de la profundidad, del hondo frío
en que empieza la sombra y lo invisible.

Lo conoció al nacer, era rocío,
no este vano correr tras lo imposible,
imagen del humano desafío
a la divinidad. Sueño apacible

que endulza los saleros de los ojos,
mesa frugal y paz es lo que anhela
navegante, soldado y rey de antojos,

pero ¡ay! del ¡ay! del alma, no se alcanza
a volver con los remos y la vela
al puerto en que dejamos la esperanza.

BACCHUM IN REMOTIS CARMINA REPIBUS

(*Oda XIX—Lib. II*)

¡Salve, Baco, afluente tributario
de las venas celestes de mis sienes!
¡Rodéame, cercado y arbitrario
te dejo mis sentidos en rehenes

a cambio de tu vino visionario!
¡Los males míos convertís en bienes!
¡Perdóname, Evohé, por temerario!
¡Tirso y bacantes séanme sostenes!

Turbado por latidos puntiagudos
imagen de los Sátiros, te escucho
con los ojos abiertos y desnudos,

mientras domeñas ríos, montes, mares,
y el Cancerbero desarmado y ducho
lame tierras que dejas sin pesares.

O DIVA, GRATUM QUAE REGIS

(*Oda XXXV—Lib. I*)

¡Patria del ansia! ¡Patria del ufano
país de la fortuna que es mudanza,
de la fidelidad de blanca mano,
del sustento de ausentes, la esperanza!

De la necesidad yugo inhumano,
nos salvas tú la que jamás descansa,
la que vuelve la espalda al soberano
por sonreír al peón en su labranza.

Mi plegaria, Deidad del pie injurioso,
es la del caracol que al mar escapa,
la del que goza y sufre si es dichoso,

porque sin tu favor estos festines
exequias son. Cambiante humano mapa
de las nubes y tú en los confines.

O VENUS REGINA ONIDI PAPHIQUE

(*Oda XXX—Lib. I*)

Que los dedos espumen el mar blondo
hasta encontrar el hombro y desceñido
el talle, surja su desnudez del fondo
de un sueño entre los brazos oprimido.

Que el cuenco de la mano palpe en hondo
la redondez del seno y el latido,
hemisferio de amor, mundo redondo
a dimensión de beso reducido.

La vertebrada inteligencia un día
mojó su pulpa blanda en la caricia
de la mujer y supo de ufanía,

de juventud, de amor, de toda cosa,
que por algo dejaste la delicia
de la isla de Chipre, amada Diosa.

JAM JAM EFFICACI DO MANUS SCIENTIAE

(*Epodos XVII*)

La leña en el fogón gruñe y no es cerdo,
el viento aulla afuera sin ser lobo.
Me doy Canidia por vencido. Cuerdo
quiero volver a ser. Pierdo el arrobo

que me robé del cielo en el recuerdo
—era niño y mirando estaba un globo—
sé lo que significa lo que pierdo,
mas he pagado tanto por el robo...

Vuelve atrás el cercillo, madre amarga,
marineros y ricos comerciantes
obtengan tu favor, mientras embarga

a mi espíritu huérfano del llanto,
el pesar de no ser lo que era antes
y seguirlo pagando con el llanto.

EST MIHI NONUM SUPERANTIS ANNUM

(*Oda XI—Lib. IV*)

Mas nada temas de mi vino albano,
dulce de nueve años, que en tu cabello
de oro trenzaré la hiedra. Lo vano
de la vida vale este instante bello.

Pregúntame por todo lo liviano...
La plata en el mantel es un destello,
la verbena es olor que tiene mano
y al vértice del fuego ves aquello...

Humo. No vale más nuestra atadura
y por eso, mi amor, la del sosiego,
átame con tu voz: versos murmura,

canta canciones con tu voz nacida
para bañar la cara de este ciego
que abrió los ojos y creyó en la vida.

RECTIUS VIVES, LICINE, NEQUE ALTUM

(*Oda X—Lib. II*).

Esta que en breve edad llama es contigo,
¡Rey mísero que guardas en la ceñida
armadura del párpado al testigo!
por quien será sino por vos medida

en término en que el mar, jamás amigo,
es a veces mejor que la guarida
y el palacio en que el hombre es enemigo.
Por quién será sino por vos tu vida

adorno de pastor, sencillo paño,
ánimo de moneda y alegría
para comprar el bien que no hace daño,

aquel mediano bien que bien cabía
entre el valor y el miedo, la cabeza
y el corazón, el oro y la pobreza

EHEU FUGACES, POSTUME, POSTUME

(*Oda XIV—Lib. II*).

¡Póstumo, los años! La arruga agrieta
el rostro. Tastacea la herradura
de la quijada. La sábana quieta
de las canas apaga la hermosura.

¿Cien llaves a tus cosas? ¿No te inquieta
que una sola te encierre en sepultura?
Bienes, casa, mujer... qué poco aprieta
el que quiere abarcar lo que no dura.

La Ilagrimable, Póstumo, no mira,
ni escucha, ni habla. Sorda, ciega, muda,
espera al que de pronto no respira,

se hiela, palidece, llora, suda,
mientras el heredero riega el vino
de dioses, que guardó su desatino.

Canto para el día que viene

(En *Rep. Amer.*)

Para el día que llegues, esta bandera imaginaria
anterior a nuestro sueño colectivo,
vigía de amor en los caminos del cielo popular
como una estrella nueva,
anterior a todas las figuras submarinas
y a los himnos religiosos,
a las aves que fueron enlazando por su ruta
dolores marineros,
y a nuestras manos que a fuerza de tocarlos en
el prójimo, se convierten en redobles
para sentir mejor el grito de la tierra
hecho península, desde las catedrales interiores
en la órbita del fuego y la paloma.

Para entonces los árboles entonarán
las canciones automáticas del alba,
y la naturaleza con voz de estanque y de cristales
se inclinará sumisa, porque tú detuviste el sol,
y el día derrotó a la noche, así, definitivamente
más allá del imperio de los ángeles.

Estaremos contigo, esperándote, antes de la batalla,
mucho antes;
guerrilleros del canto en las combinaciones del
estruendo y de las luces de bengala,
con la bandera a flote, como isla de esperanza
y de coraje.

Porque el canto que llegue tiene raíces infinitas
y torres que penetran en las flores aéreas;
porque es la voz del agua que viene a reposar, huyendo
de la luz, su amada primitiva, entre más agua;
porque también un sisma vegetal y una nueva floresta
y otras fábulas más, han de llegar contigo, en la víspera
y después, como las cataratas transparentes.

Ese ha de ser un día como todos, un poco más feliz,
quizás sin que nadie lo advierta ni lo niegue;
porque tú has de instalar el sistema con derecho a
tarjetas de felicidad gratuita;
porque el día que viene empieza con la vida que semeja
la oceánica sonrisa del padre generoso;
y porque entonces, la bondad ha de llegarnos de nosotros
mismos, sin que nadie administre la fe ni ultraje los
colores infantiles.

Pues el día que nace es como una edad distinta en cuyo
código se ha inscrito la voz que desconoce el límite,
porque es el continente que mueve los planetas de las
constelaciones personales; y porque trae,
para los que más tarde repetirán su nombre, como las
oraciones que giran ordenadas por el reloj lunar,
el artículo único de sus constituciones cristalinas:
"La felicidad es obligatoria para todos, sin dispensas;
la única libertad que no existe es escogerla,
y el corazón la moneda común del nuevo curso".

Alberto ESCOBAR

Lima, 1951.

Mister X

(*Viene de la pág.* 102).

sistió en debelar un ataque sincronizado antes que buscar el primer móvil, si bien, entre aquellas horas agitadas, nos iban llegando indicios sobre el origen, diríanse demasiado risueños y anodinos para tomarlos en cuenta. Se nos dijo que la congestión del tránsito debióse a un accidente que no pudo ser voluntario, en opinión de numerosos testigos; un *taxi* sufrió en la esquina de Mercaderes el leve golpe de un automóvil particular; cambió de dirección y, puesto sobre la línea 3, fué lanzado por un tranvía contra el escaparate de una de las zapaterías de la calle Mantas; según testigos, el auto se incrustó dentro, mas, como por arte de magia, tomó nuevo impulso y fué a caer ruedas arriba sobre la pista, y entonces, por segunda vez, le cogió furiosamente el tranvía y le arrastró unos treinta metros hasta volverle una masa de la que no escapó un solo grito. Los muertos fueron el chofer del taxi y una mujer que viajaba en el asiento posterior. Todo había concluido en la esquina del Pozuelo de Santo Domingo, una cuadra más allá, desde donde vino a flotar una quietud de pasmo que envolvió grave y dolorosa a los testigos. La mujer se apellidaba Díaz Fernández; en cambio, el joven que la tarde del lunes avanzara intrépido contra la policía llamábase Fernández Díaz; aun más, el sábado, cuando las turbas fueron disueltas en el Jirón de La Unión y cuando los rebeldes se guarecieron, unos hacia la plaza de Armas y otros hacia el Jirón Ica, de un viejo balcón de la calle Concha cayó súbitamente un cuerpo que enardeció al gentío. ¿Quién, entre muchos, vivía en aquella casa de departamentos? La bruñida placa rezaba: *Profesor J. J. Díaz F. N.* La policía, pues, embargada con la hipótesis de que los disturbios pudieran ser políticos, descubría pequeños y risibles datos de una desgracia familiar.

"Pasado el vendabal, fuimos en pos del señor Fernández. Su departamento en la endeble casona de escaleras torneadas, estaba cerrado con llave. Al indagar en la portería, un hombre negóse a responder, entre altivo y justiciero: "El señor F., dijo, es un caballero irreprochable que nada tiene que ver con la policía". Pensamos que el tal F. se había ganado la voluntad del vecindario, a fin de ser protegido en su conducta: una simple cortina de humo. Pero las mujeres también se resistieron. "¿Por qué la policía acosaba al señor F.?"; si no respondíamos a la pregunta, nada obtendríamos de ellas. Forzamos la puerta ante la muda y general protesta; dentro, dos habitaciones pulcras, grandes libros puestos con esmero de coleccionista, y el dormitorio mucho más aderezado que el de cualquier hombre soltero: el efecto del conjunto era de un lamentable mal gusto. Obtuvimos que F. era profesor del Colegio C. y, tras confiscar fotografías, pensamos que la tarea iba a ser fácil, pues exhibía una falsa apariencia de preocupación y estudio. Nos las íbamos a ver con un pobre diablo moderno hecho de fatuidad y compensaciones.

"En el Colegio C. nos recibió la segunda ironía con la gravedad de la pesquisa: para sus colegas, F. era un buen hombre y un mal profesor; para los alumnos, un imbécil del que se burlaban todos. Empero, tuvimos que abrir bien los ojos, pues en el diario de oposición había sido publicada el domingo una fotografía en que la turba, sanguinaria y recelosa, dudaba entre un pelotón de policías armados de bastones, y quien justamente tenía en los brazos en alto y la actitud de un enfermo de rabia, quien había perdido el asco y lucía la camisa desgarrada... era el oscuro profesor F. Nos las veíamos con alguien que desplegaba dos vidas a fin de hacer más ardua su identificación.

"Luego, mirando por casualidad el diario anterior —del sábado—, el desconcierto vino mayúsculo. La facción culpable, dijimos, debe de haber sufrido con la desaparición de su líder: ahí, bajo el título *Defunciones,* se informaba la muerte del profesor F., acaecida en la mañana del viernes , y los amigos, hermanos, hermanas, tíos, primos y demás relacionados del que fué... etc., invitaban a la traslación de los restos hacia el Cementerio General, ceremonia que se llevará a efecto a las 4 p. m. del sábado, partiendo el cortejo fúnebre de la casa mortuoria, sita en la calle Concha. ¿Podía creerse que ambos fuesen el mismo individuo, cuando es axioma que un muerto el día viernes no puede el sábado a las siete de la noche encabezar una manifestación? De nuevo, el misterioso F. o empleaba un seudónimo, o no le detenían las responsabilidades, y en este segundo caso, era muy probable que tuviese por cierta una victoria política que iba a ocultar sus artimañas. El peligro, pues, no había desaparecido el domingo y, antes bien, aguardábamos para el lunes o martes un brote sedicioso, razón que nos impulsó a mandar que la ciudad fuera vigilada por tanques y patrullas.

"Mas al anochecer del domingo probamos casi la derrota. Así alertas como estábamos, nos sorprendió el completo oscurecimiento de la ciudad, que fuera simultáneo con la violenta interrupción de las líneas telegráfica y telefónica. Nunca habríamos supuesto tamaña osadía. Pero hubo más. A lo largo del día fueron prohibidas las reuniones de más de dos personas y el cese del tránsito fué ordenado a las nueve; no obstante, mañana y tarde, un centenar de automóviles fué detenido en diversos puntos por exceso de velocidad, y todos habían dado la misma justificación. El cadáver del ilustre profesor F. yacía insepulto desde el viernes porque los investigadores seguían clausurando la calle de su vivienda. A muchos se les permitió el paso en las afueras de Lima y todos lanzáronse luego a recorrer la ciudad en un endiablado canto de bocinas. Al mediodía amenazamos que de repetir el pretexto nos incautaríamos de máquinas y dueños, pero, bajo el oscurecimiento, el centenar de automóviles volvió a desafiarnos: buscaba ingresar a cualquier precio a la calle Concha, lo que venía absurdo al haber nosotros establecido un puesto de vigilancia en las habitaciones de F. y al no existir cadáver alguno. Indignada por lo que juzgó una broma, dióles la policía caza con motocicletas y carros blindados, sin pensar que los heridos en el tiroteo iban a volverse gran material de escándalo para las huelgas iniciadas el día lunes.

"Y así, mientras el Ministerio de Gobierno emitía contradictorias comunicaciones, nosotros, en las cárceles, vencíamos la obstinación de los acusados que proferían blasfemias contra quienes les impedían sepultar el cadáver, según ellos putrefacto. A las dos horas de intervalo restablecióse el alumbrado, a las tres el servicio telefónico, mas, nuevamente, a las diez de la noche las condiciones volvieron a ser idénticas; empero, dado que hasta el amanecer del lunes nadie se aprovechara de tal ventaja, nos percató casi definitivamente de que el móvil no era político.

"Apenas si dudamos el miércoles por el extraño frenesí de la protesta en honor de las víctimas, a lo que sumóse la masacre de indios en el ferrocarril de Huancayo, donde fueran hallados bajo las ruedas, fusilados por la policía que les prodigó tiros de gracia en vista de su lamentable estado. Dos habían sido mujeres. Aquí nos echamos a pensar: "¿Cómo actúa una india bajo el imperio del odio y de qué índole —real o deformado por su fantasía—, suele ser la razón culpable de la explosión del odio?" Lánguida, oscuramente, cual sombras tiernas y dulces, habíanse apostado unos cuantos indios a la vera del ferrocarril. Nadie reparó en ellos. Sus ojos miraban cielo y tierra, desde la profundidad de un nuevo sol que parecía la madre del universo; miraban sin ver, como durmiendo una vida eterna, y cuando les hubo llegado la algarabía del tren, alzóse un indio lento y grave, miró con potencia de águila y se lanzó bajo las ruedas. Detúvose el tren a perder una hora en esclarecimientos; al fin, apenas recomenzada la marcha,

una india que sollozaba, que lloraba diríase que cantando, sus negros cabellos desgreñados y toda ella de bronce y de paz, siguióle a su hombre con fidelidad extraña para blancos y mestizos. Teñidas de sangre, sus propias polleras se anudaron tibias sobre los despojos de carne y de huesos. El gusano frenó por segunda vez, mientras los pasajeros admiraban la suavidad con que la mujer había llegado hasta la muerte, y tanto lo hicieron, que un grupo de estudiantes, que volvía de sus vacaciones, tomó la defensa de los indios, primero influidos por la majestad del suicidio y luego indignados por la ironía de proseguir el viaje como si nada hubiese ocurrido.

"¿A qué atribuir tal inmolación? Se tuvo el tino de averiguar si algún indígena conoció alguna vez al profesor F., hasta hoy el único sospechoso —y ahora todavía más, puesto que la culpable de la interrupción telefónica en Lima resultó ser una empleada, la novia de F. (que, para serlo, debía contar con más de treinta años, ser feucha y romántica). Ayer se nos respondió de Huancayo que todos los indios pertenecían a una sola comunidad, y que muchos hablaban hasta hoy de F., como si todavía fuese "el niño Juancho" —o cualquiera de los diminutivos neoquechuas: niño Juanico, Juañi, Juanacho, niño Fan o niño Fancito; como sea, el ilustre Juan José Fernández de la N. estuvo alguna vez metido en un pueblo de la sierra, durante su infancia, y allí le robó el cariño de padre a un indio fiel que, al saber su muerte (por boca de un hijo suyo, obrero, que sabía leer los periódicos), al carecer de medios para trasladarse aquí y al penetrarle esa diferencia entre él y el mundo, suicidóse; fué el único peligro para el Estado, pues su mujer murió de amor y de soledad, mientras que los demás fueron atacados por la policía que temió hicieran causa común con las víctimas, desoyendo nuestra Historia del Perú, que nos relata cómo los indios le temen a la fuerza pública. Esta vez, como muchas, fueron tomados de sorpresa cuando iban a hundir los ojos y a volver calladamente a sus pueblos.

"Con estos datos aconsejamos ayer que el Poder Ejecutivo se comportase con la serenidad de quien repele golpes del azar y no productos de la voluntad humana. Ningún enemigo de usted ha previsto la agitación que ahora padecemos, y tanto es así, que nadie capitaliza aún la protesta anónima; usted, señor, no fué el blanco elegido contra el que debiera explotarse el descontento popular, ni es ésta una sistemática "guerra de nervios" que hace dudar a inconsecuentes amigos suyos. Son hechos casuales que han servido de pretexto para que la sociedad pierda su exceso de energías, y es la comprobación de cómo —al revés del aserto de muchos políticos de izquierda—, la vida de un individuo suele causar tantos o más disturbios que la comunidad. Otros dirán que no importa el pretexto, sino más bien su aprovechamiento contra el Poder, lo que sería muestra del odio que usted ha sembrado por doquiera. Nuestro sano juicio rechaza tal interpretación y afirma que el Perú ignora que muchos de sus males, por ejemplo, desaparecerían con una medida estrictamente económica, y que, toda vez que su pueblo halla oportunidad de vocear por sus calles, lo hace por un ingenuo instinto social. En el Perú hemos olvidado la primera causa y los pretextos valen en sí mismos: rebelarse por rebelarse, odiar por odiar, reír por reír, pues nos son urgentes una serie de emociones. Que hayan sido muertos y golpeados muchos policías, que innumerables efigies suyas hayan resultado polvo y ceniza, no es lo primordial; ocurrió porque de cuando en cuando un hombre debe formar parte de una muchedumbre irresponsable y absurda en sus movimientos. Albergue la certeza de que nadie de los amotinados cree en una auténtica revolución que haga insufrible, monstruoso e injusto el régimen que usted preside. La prueba está que en Lima fué vitoreado el señor G.; en el Cuzco, el señor N.; en Arequipa, el señor P.; y en Trujillo el señor Z. ¿Quién de ellos es revolucionario? Ninguno. Tampoco el pueblo ignora que de lo que en el Perú se trata es de cambiar un amigo por el amigo del vecino. ¿Por qué, pues, temer nada, señor?

"Y a fin de disipar dudas y de que el Gobierno explote su triunfo por la prensa y la radio, he aquí algunos pormenores que destruyen el hábil tejido de embustes que viene circulando hasta hoy.

"Una agencia funeraria atendió una llamada telefónica el viernes por la tarde. El empleado apuntó que, por mandato del profesor Juan José Díaz Fernández de la N., se alquilaba una carroza del tipo B. junto con treinta automóviles, para las 4 p. m. del sábado; fué señalado el domicilio en la calle Concha y debería la agencia encargarse incluso del aviso en los diarios. Se indagó por los datos del cadáver, mas, de súbito, y como si el señor no pudiese añadir una palabra por juzgarlo indigno, la voz dejó de escucharse. El empleado se prometió inercia mientras no confirmaran la llamada, pero, en la noche, alguien cogió el papel y fué a colocar el aviso como si todo marchara bien; luego, buscó la agencia la dirección —pues la casa mortuoria estaba tres cuadras más allá, donde vivía una familia Rosales—; acondicionaron el féretro y despidiéronse hasta el día siguiente, durante el cual, como es sabido, no cumplieron su misión por ser bloqueado el jirón Ica. Pues bien. El sábado por la mañana, los amigos del profesor F. quedaron consternados de la noticia aparecida en los diarios, mas, ante la fatalidad, no cabía sino tributarle el homenaje de un gran entierro y olvidar lo ridículamente fatuo que había sido al tomarse por un sociólogo y al escribir risibles ensayos. La novia y la hermana, en cambio, que se ignoraban mutuamente, no leyeron el aviso. La hermana fué informada con rodeos por su marido, mas cuando adivinó la verdad precipitóse a un *taxi* y exigió al chofer que fuera a las volandas a la calle Concha y que le pagaría el triple de lo usual. ¡Su pobre hermano muerto desde ayer y ella sin saberlo! El *taxi*, en efecto, se echó con imprudencia a devorar decenas de cuadras: he aquí la razón del accidente en que murieran ambos. La novia, por su lado, que era telefonista, creyó en la mañana escuchar una alusión a la muerte del profesor F. Sonrió incrédula, camino del almuerzo. Volvió a su turno a las siete y escuchó nuevamente una plática por el fono que tenía colgado al pecho. No cabían dudas; pidió un diario, y, ahogando un grito, imploró que la dejaran libre, pues —mintió—, un hermano suyo había muerto y ella lo ignoraba hasta hoy. Para su mal, media hora antes habíase interrumpido el tránsito en el centro de la ciudad, y la policía, por precaución, había cercado también la Compañía de Teléfonos. La mujer no pudo salir; lloró, protestó, amenazó; entonces, sin poder desahogarse, trepó al cuarto de controles, en el último piso, desde donde miró la ciudad calmosa, extraña e indiferente; la odió, deslindando qué podría hacer para vengarse de la crueldad de los hombres que impedían su reunión con el amado muerto, quitó varios contactos, si bien con la dolorosa convicción de que no había medio de paralizar las líneas telefónicas del país, más aún, ni siquiera las de la capital. Tan sólo unos cuantos no podrían telefonear por obra suya: para esto, y no más, servía la muerte de un hombre. El técnico de la compañía dió con el desperfecto y anunció lo criminal de la maniobra. Un nuevo batallón del ejército cercó el edificio. La mujer, al borde del desmayo, volvió a trepar y volvió a quitar los contactos. El temor a ser descubierta y cogida en un momento en que toda la ciudad padecía el influjo de la ira popular y de una sangrienta represión por el Gobierno, el que la indagaran por sus cómplices (que no existían), pensar en todo ello la hacía olvidar la muerte de F., el único hombre ejemplar que había conocido en el mundo.

"Señor, que a nadie extrañe esta conducta: probado es que en cuanto sufre un individuo, anhela que toda la sociedad le sea partícipe, y cuando no es escuchado se le vuelve un eterno detractor.

"Con el alumbrado ocurrió algo similar. Muchos electricistas pensaron simultáneamente (por obra del azar), que la noche del domingo iba a ser dantesca; abrirían se los fuegos de una batalla campal y muchos sólo aguardaban el oscurecimiento que favorecería los planes de los rebeldes. Los electricistas trataban de saber cuáles de sus amigos serían los de la revuelta, mas, de pronto, como parecía que nada iba a ocurrir nunca, varios se dijeron: "¿Y si nosotros, antes de recibir alguna orden e ignorando que tal orden existe, apagáramos las luces?" Cada uno dominaba un sector y desconfiaba del vecino. A las nueve se oscureció un barrio y paulatinamente los demás, primero por burla al temor de los limeños y al fin por vanidad de poseer sus esperanzas.

Con el profesor todo ocurrió menos trágicamente. Poseía la virtud de aparecer siempre cuerdo y sensato, aunque sus actos pudieran tildarse de remilgados, de superfluos o de francamente estúpidos. A punta de gravedad, de ceremonias, de una retórica admirable para sus pobres vecinos, erigióse en el ideal de cuantos sitios visitara (puesto que evadía cuidadosamente lugares que pudiesen empañarle). Modelo de niños y adultos, vanagloriábanse todos de su amistad y de sus títulos, cosa a la que también él se hubo acostumbrado.

Muerto el primogénito de la familia Rosales, a la cual conocía bien, el profesor se dispuso a acompañar los restos hasta el cementerio. Como en la casa le reverenciaran aún más que al padre, fué, pues, natural, que la mañana del viernes llamase él y no otro a la agencia funeraria. Pidió entonces una carroza, pero no había

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Sus. mensual ₡ 2.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario sobre Nueva York

dicho sino las primeras frases cuando el hombre preguntó, al otro lado del fono:

—¿Para quién, señor? —Esto es: *¿Quién ha muerto, señor?*

Pero a él le pareció muy natural replicar:

—Para el profesor Juan José Díaz Fernández de la N.— La voz fué digna y metálica, aunque nadie dudara que él no iba a correr con los gastos.

—¿Cál es el domicilio, señor?

—¿El mío? Pues en la calle Concha, número..., interior..., su casa —acabó telegráfico.

Uno de los presentes rió. Este odiaba al profesor por su afectación y anacronismo, y todavía más porque F., siendo un infeliz, ganaba mucho dinero y le miraba desdeñoso a él que era un juerguista y que no iba a dormir si no estaba ebrio. Habíanse cruzado repetidas veces en las escaleras, pues vivían en la misma casona, y en respuesta a su desdén el hombre le juró una paliza. Hoy el profesor andaba inquieto: eran casi las seis y treinta y la carroza no llegaba; deudos y acompañantes no sabían qué hacer con el féretro. Asomados a la calle vieron un gentío que parecía fugar de La Unión. La política, dijeron, la política no deja sepultar a un buen muchacho. El profesor no se resignó; prometió resolver en un tris el embrollo, tomó el sombrero y partió seguido del juerguista que apostaba a que F. no cumpliría su palabra. Y así fué. El profesor, lejos de toda ceremonia, penetró en sus habitaciones de la calle Concha y se dispuso a contemplar desde su viejo balcón, la furiosa contienda entre el pueblo y la policía. Desde aquel trono echó una mirada sobre los hombres y sus pasiones.

—¡Ah, perro lleno de ínfulas!—clamó su enemigo al abrir la puerta.

El ilustre Juan José tembló como una hoja. El centenario balcón era una trampa.

—¡Hoy te mato! —sentenció el hombre que, en verdad, estaba muerto de risa.

El profesor iba a enloquecer, cuando, casi por un milagro, abrióse, engulléndole, el piso del balcón. Temoroso de la caída, el hombre se lanzó a la calle, y fué testigo de cómo unos jóvenes se defendían encarnizadamente de la policía; entonces, el viejo liberal renació en su pecho, y, al ver que los estudiantes auxiliaban al profesor y le creían víctima de un sablazo, dijo que éste era el día que había aguardado siempre. Ahora exhibiría su protesta, ahora explicaría dónde fallaban las reformas sociales. Cogido del brazo de F. arengó a la multitud e inició el avance contra la fuerza armada, en tanto que el profesor, al volverse a huir, dióse con su sobrino (Fernández Díaz), que le prestó ánimos y le abrazó por participar de sus ideas políticas. Venía el joven de ser un héroe en la plaza de Armas. Entrambos el profesor quedó prisionero y fué obligado a dar mueras contra usted. Mas el liberal, que sólo concebía a un hombre luchando a brazo partido, remeció a F. al verle temeroso, y fué entonces cuando, sin americana —pues el liberal opinaba que en camisa era un hombre más varonil—, le fué tomada una fotografía por el diario de oposición. Hoy Juan José Díaz Fernández de la N. está en nuestro poder, aunque mañana le dejaremos libre pues ya con él nos divertimos mucho.

"Confesamos el orgullo, señor, de haber dado con el culpable, a quien aconsejamos llamar *Míster X* por la radio y la prensa, como el símbolo que confirma nuestra muy peruana teoría. Sospechamos, no obstante, que interesados en congraciársele informarán que el deseo de penetrar en la calle Concha, por ejemplo, debióse a que allí se concertaron hombres con suficiente poder y habilidad para la intriga como para arrebatarle el mando; que fué un joven bárbaramente acosado por la policía quien se desplomó exánime a la calle; añadirán que nuestra versión del suicidio en Huancayo es falsa; que los indígenas fueron masacrados tras una protesta obrera (originada por la negativa patronal al aumento de sus míseros salarios en la fábrica textil), que recorrió la calle Real de esa ciudad, y que pacíficos y humildes vendedores de la feria dominical cayeron injustamente acribillados, y más tarde conducidos sus cadáveres al local del ferrocarril que les llevaría lejos y evitaría el escándalo; por fin, sostendrán que la interrupción del tránsito, del alumbrado y de las comunicaciones con el interior del país, fué parte de una innegable rebelión, y que a nadie puede satisfacer nuestra explicación por el azar y por "accidentes" más o menos curiosos. Concluirán amenazando que los motines de hoy son un preludio a la gran revolución de mañana. Pero nuestra opinión es totalmente adversa y deseamos que usted la escuche y la acate, al igual que tantas veces. La opinión de que al pueblo no le incumbe penetrar cuáles sean los pretextos, sino el lanzarlos contra usted, la calificamos de pueril. Nuestro país, antes que guiado por la justicia y por el destino ideal del hombre, lo está por sentimientos más terrenos; durante siglos no precisó de ideales, experiencia que autoriza decir que habitamos un lugar perfecto en el sentido de que, si hay desdicha, también hay medios de cómo olvidar la amargura. Nadie tan hábil como el hombre para fabricarse puertas de escape; vive, digamos, equilibrado en una realidad imperfecta: sus energías están colmadas y no puede llamarse un inconforme cien por ciento. Aceptamos, pues, que nuestra nación es imperfecta; mas, teniendo todas las puertas posibles de escape, a fin de que los hombres empleen su tiempo —aunque sólo se reduzcan a soñar y a desear—, nuestra nación es perfecta. He aquí esta ley peruana que para muchos será un sofisma.

"Finalmente, cuantas veces se trate de averiguar la primera causa de hechos semejantes, rechace opiniones que no sean nuestras. En el Perú nadie se pregunta por qué ni para qué vive, si el mundo es justo o no, cuál es la auténtica misión del Estado, o si la muerte significa liberación o humillación. Las primeras causas han muerto. Aquí se ríe o se llora porque son atributos de la especie humana; aquí el pueblo no se propone nada, y por consiguiente, usted no debe sentirse ni amedrentado ni febril por el anhelo de darles la luna. Continúe su labor de pacífica administración de los bienes públicos, continúe levantando sin premura, aquí una escuela y allá una pequeña fábrica, que no tiene usted por qué martirizarse; y viva en paz, al igual que nosotros, sus consejeros, desde hace tantísimos años. *Au revoir, monsieur...*

C. E. ZAVALETA

Lima, Perú. 1951.